

DRAGO

EMILIO MURIAS AUMENTE

DRAGO

EMILIO MURIAS AUMENTE

EMILIO MURIAS AUMENTE



Título de la Obra: *La Sombra del Drago*

Capítulo 1: El Rumor del Viento Atlántico

El cielo sobre La Palma parecía un lienzo recién desplegado ante los ojos de Elena, con un azul intenso, casi eléctrico, que contrastaba con las sombras verde oscuro de los montes y barrancos. Había llegado esa misma mañana en el primer vuelo desde Madrid, tras una noche de insomnio en la que la promesa de una historia inédita, llena de intriga y misterio, había ocupado cada rincón de su mente. Elena era periodista freelance, una de esas reporteras incansables que siempre buscaban una noticia que pocos se atrevían a cubrir. Sus contactos le habían susurrado que, en la Isla Bonita, como llamaban a La Palma, algo extraño estaba sucediendo en los últimos meses. Había rumores de desapariciones, mensajes cifrados en forma de grafitis en las paredes de algunos cascos históricos, y una tensión sorda que se respiraba en el aire.

Con la mochila al hombro, su portátil y su cámara, Elena avanzó por las calles de Santa Cruz de La Palma, la capital de la isla. La ciudad, con su trazado antiguo, las fachadas coloridas de balcones de madera y un empedrado que susurraba historias de navegantes y mercaderes de siglos pasados, la recibió con una mezcla de serenidad y expectativa. Ese día el sol brillaba con fuerza, y la brisa que llegaba desde el Atlántico traía un olor a salitre y promesa.

Había alquilado un pequeño apartamento en una callejuela cerca de la Plaza de España. Al llegar, subió la estrecha escalera de madera, dejándose llevar por el crujido relajante de cada peldaño. El apartamento era sencillo: una sala con un escritorio, un sofá y una ventana que daba a los tejados del casco antiguo; una pequeña cocina con lo básico, y una habitación aún más pequeña, apenas lo justo para descansar. Dejó su mochila, encendió el portátil, comprobó la conexión a internet. Buenas noticias: rápida, estable. Perfecto para enviar sus notas y posibles avances a su editor. Pero primero, debía salir a la calle, empaparse del ambiente, entender qué estaba ocurriendo allí que nadie más parecía querer o poder contar.

Antes de salir, se quedó unos minutos contemplando la pared desnuda junto a su escritorio. Allí pensaba colocar las notas, las fotografías y las conexiones que fuera descubriendo en la isla. Hacer un mapa mental de evidencias, un mural de corcho improvisado. Todavía estaba en blanco, pero pronto esa nada se llenaría de pistas.

Bajó a la calle. Santa Cruz de La Palma estaba tranquila a esa hora. Algunos turistas caminaban con curiosidad fotográfica, admirando las antiguas casonas de la Avenida Marítima, con esos balcones emblemáticos llenos de flores. Otros se sentaban en cafeterías a degustar un barraquito, el típico café canario con leche condensada, canela y limón. Elena pensó que, si todo iba bien, ella misma saborearía uno en cuanto tuviera la primera pista.

Caminó sin rumbo fijo, dejándose llevar por la sonoridad de los pasos, el murmullo de la gente y el rumor del viento. Había acordado encontrarse con un contacto local: Roberto, un guía de senderismo y antiguo profesor de historia, que según le habían dicho conocía mejor que nadie los rincones ocultos de la isla. Roberto había insistido en verse en un lugar público y seguro. Acordaron la Plaza de la Alameda, junto a la réplica del barco de la Virgen, el famoso Barco de la Virgen construido en madera y que albergaba un pequeño museo naval. Un símbolo de las conexiones marítimas de la isla con el resto del mundo.

Elena llegó puntual, pero Roberto no estaba allí. Quizá se retrasaba. Mientras esperaba, reparó en un detalle: un grafiti muy reciente en una pared próxima a la plaza. Eran unas letras rojas, pintadas con cuidado: **“Sigue el drago.”** No parecía un grafiti vandálico cualquiera; el trazo era

firme, el mensaje críptico. Recordó lo que le había dicho su contacto en Madrid: “Si ves alguna referencia a un drago en la isla, presta atención, puede ser el hilo del que tirar”. El drago era un árbol emblemático de las Islas Canarias, un símbolo ancestral, casi mágico. ¿Podría aquello ser una pista?

Mientras se acercaba al grafiti, alguien se aclaró la garganta a sus espaldas. Era Roberto. De mediana edad, barba entrecana, gorra y pantalón de senderista, rostro curtido por el sol y la brisa. Le sonrió con cordialidad, pero con un matiz de cautela en la mirada.

—Elena, ¿verdad? —dijo, con voz suave.
—Sí, encantada. Eres Roberto. Gracias por venir.
—No te preocupes, me han dicho que buscas información sobre... asuntos poco comunes en la isla. —Su mirada se deslizó hacia el grafiti—. Veo que ya has empezado a observar.
—¿Sabes qué significa eso? “Sigue el drago” —preguntó Elena.
—Aquí en La Palma, el drago no es tan común como en Tenerife, pero tiene su presencia. Hay algunos ejemplares muy antiguos, casi sagrados. Y también es un símbolo que aparece en ciertas historias, algunas muy antiguas, sobre sociedades secretas y guardianes de conocimientos. Pero déjame serte sincero: el último año han aparecido estos mensajes por distintos lugares de la isla. Nadie sabe quién los pinta ni con qué propósito, pero suelen aparecer cerca de sitios históricos o culturales, como invitando a los curiosos a rastrear algo.

Elena sintió un cosquilleo de emoción. Justo lo que buscaba: misterio, intriga, algo que se ocultaba tras la fachada tranquila de la vida isleña.

—Me dijeron que en los últimos meses se han dado desapariciones o incidentes extraños. ¿Sabes algo al respecto? —preguntó.
Roberto bajó la voz y se acercó un poco.
—Han desaparecido dos personas, sí, pero la policía no ha querido hacer mucho ruido. Uno era un arqueólogo local que estaba investigando grabados rupestres en Garafía. La otra, una estudiante de filología que vino a estudiar viejas crónicas de la isla en la Real Sociedad Cosmológica. Ambos desaparecieron sin dejar rastro. Y te digo más: Antes de que se esfumaran, se vieron grafitis del drago cerca de los lugares que frecuentaban.

Elena apuntó mentalmente cada detalle. Aquel era el tipo de historia que podía convertirse en el gran reportaje de su carrera. La Palma, con sus volcanes, bosques de laurisilva, senderos que descendían a calas recónditas, y con un patrimonio cultural riquísimo, estaba guardando un oscuro secreto.

—¿Crees que podrías llevarme a alguno de esos lugares en los próximos días? —preguntó con entusiasmo.

—Claro, pero con cuidado. La isla no es tan grande, pero tiene mil rincones. Lugares como el Parque Nacional de la Caldera de Taburiente, el volcán Teneguía, el Bosque de Los Tilos, e incluso las antiguas salinas de Fuencaliente. Cada uno con su leyenda, con sus historias. Pero si lo que buscas son las huellas de este enigma, quizá deberíamos empezar por la historia de los palmeros y sus tradiciones. Cada cinco años se celebra la Bajada de la Virgen de las Nieves, es la fiesta más importante, un evento lleno de rituales y símbolos. ¿Sabías que en la última Bajada aparecieron unos documentos extraños, unos manuscritos antiguos que nadie ha podido descifrar?

Elena negó con la cabeza, sorprendida. Era un dato que no había encontrado en sus investigaciones preliminares.

—Dicen que esos manuscritos, encontrados en un doble fondo del trono que porta la imagen sagrada, hablan de una cofradía antigua que protegía un secreto. Y hay quien dice que el drago es una pista para encontrar la ubicación de algo muy valioso, tal vez un objeto que llegó de las Américas en la época de la colonización, o quizá un descubrimiento científico inédito. —¿Algo así como un tesoro oculto? —preguntó ella con una sonrisa irónica. —No lo sé —respondió Roberto, serio—. Pero la gente no desaparece por casualidad. Y esos grafitis, la tensión en el ambiente... Hay más de un vecino inquieto. Han ocurrido pequeños “accidentes”: un incendio en un archivo histórico, una barca volcada en el puerto con su tripulación aterrorizada. Y se oyen susurros sobre un grupo con acceso a tecnología punta, drones, escáneres 3D, que han venido a la isla con fines desconocidos. Desde luego no es el típico viaje turístico.

Elena asintió, intentando organizar toda esa información en su cabeza. Decidió que lo mejor sería ganarse la confianza de Roberto. —Necesito tu ayuda —dijo, directa—. Quiero llegar hasta el fondo. Mi intención es escribir un artículo, o quizá un libro, que revele la verdad. Pero no puedo hacerlo sola. La isla es tuya, la conoces, y yo soy una extraña. —Te ayudaré —dijo Roberto al fin—. Pero debes prometerme que, si esto se pone peligroso, sabrás retirarte. La Palma es bonita, pero también puede ser dura. Y si hay gente con malas intenciones, no dudarán en actuar.

Elena lo miró a los ojos. Aunque apenas se conocían, notó en Roberto una genuina preocupación, una mezcla de valentía y prudencia. —Prometido —dijo al fin.

Acordaron verse al día siguiente por la mañana para comenzar la investigación de campo. Mientras tanto, Elena pasaría la tarde recopilando información en la Biblioteca Municipal, revisando hemerotecas digitales y buscando referencias al drago en la cultura palmera. Tras despedirse, tomó nota mentalmente del lugar: La Biblioteca se encontraba en una callejuela próxima a la plaza principal, y era conocida por su valioso archivo de periódicos locales.

La encontró a los pocos minutos. Era un edificio discreto, con un patio interior y paredes gruesas que mantenían una temperatura fresca. Dentro, el murmullo era tenue y acogedor. Un bibliotecario de cabellos blancos y gafas redondas la saludó con amabilidad.

—Buenos días, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo? —Busco información sobre grafitis recientes, desaparecidos en La Palma, y también datos sobre tradiciones antiguas relacionadas con el drago. El hombre arqueó una ceja. —Tema peculiar. No creo que tengamos un catálogo especial de grafitis, pero tenemos una sección de hemeroteca digital con la prensa local de los últimos años. Allí podría encontrar noticias sobre las desapariciones. En cuanto a las tradiciones, nuestra sección de antropología y etnografía canaria es bastante completa. También hay algunos libros antiguos sobre la flora emblemática de las islas, entre ellos el drago.

Elena se instaló en uno de los puestos informáticos. Tecleó palabras clave: “desapariciones + La Palma”, “grafitis drago La Palma”, “arqueólogo desaparecido Garafía”, “estudiante filología desaparecida”. Encontró pocas noticias, notó un extraño silencio mediático. La prensa no parecía darles mucho espacio. Sin embargo, un blog local, sin mucha repercusión, mencionaba las desapariciones y las conectaba con un mural extraño en Los Llanos de Aridane, otro municipio de la isla. El mural mostraba un drago estilizado junto a símbolos aborígenes benahoaritas (los

antiguos pobladores de La Palma). El autor del blog insinuaba que el arqueólogo desaparecido, el doctor Martín Acosta, estaba cerca de un hallazgo de importancia sobre el legado prehispánico. La estudiante, Clara Fernández, investigaba crónicas del siglo XVI en las que se mencionaba el traslado secreto de un objeto desde La Española hacia La Palma, tras la conquista de América.

Elena se sumergió en la lectura, tomando notas. La hipótesis que se iba formando en su mente era que alguien estaba tras la pista de algo histórico, algo que había permanecido oculto durante siglos. Un objeto o un conocimiento que relacionaba el pasado prehispánico de la isla, el periodo de colonización española y las tradiciones religiosas. El drago podía ser un símbolo: un árbol longevo, cuyas raíces se hunden en la tierra volcánica, y cuya savia roja, la llamada “sangre de drago”, tenía propiedades simbólicas y medicinales. En la cultura canaria, el drago no era solo un árbol, era un puente entre el pasado y el presente, entre la leyenda y la realidad.

Cansada de la pantalla, se levantó a consultar los estantes. Encontró un viejo volumen: *“Mitos y leyendas de La Palma”*. Allí, entre historias de brujas, almas en pena y tesoros piratas, halló una mención intrigante: el “Código del Drago”. Decía la leyenda que, durante la época de mayor esplendor de la exportación de la caña de azúcar, algunos escribas ocultaron un mensaje en un manuscrito que solo podía ser interpretado mediante una clave secreta, y que aquel que resolviera el enigma se haría con un conocimiento capaz de cambiar el destino de la isla. Nadie sabía en qué consistía ese conocimiento, pero se hablaba de ciencias perdidas, remedios prodigiosos, o incluso armas de un poder inimaginable.

Elena se preguntó si el “Código del Drago” tendría relación con los manuscritos descubiertos en la Bajada de la Virgen. La coincidencia era demasiado grande para ignorarla.

Salió de la biblioteca cuando el sol ya empezaba a declinar. Por la calle, el mar parecía un espejo anaranjado, reflejando los últimos rayos. Un par de golondrinas cruzaron el cielo con rapidez, y las campanas de una iglesia cercana marcaron la hora. Elena sentía que cada paso la acercaba a un misterio mayor. Debía ser cautelosa, pero también sabía que la presión del tiempo era real. Si había desaparecidos, podía haber más. Y, ¿qué pasaría si ella misma se acercaba demasiado a la verdad?

De vuelta en su apartamento, Elena encendió su portátil y empezó a tomar notas. Colocó un mapa de La Palma en la pared y empezó a marcar sitios: Santa Cruz, Garafía, Los Llanos, Fuencaliente, la Caldera de Taburiente, las cumbres volcánicas. Añadió flechas y palabras clave: “Drago”, “Manuscritos Bajada Virgen”, “Arqueólogo y Estudiante desaparecidos”, “Tesoro histórico”... Empezaba a parecer el mural de una detective.

Decidió llamar a su editor en Madrid, Alfonso, para mantenerlo al tanto. Él había respaldado esta investigación. Tras un par de tonos, respondió con voz ansiosa.

—Elena, ¿ya en la isla?

—Sí, y aquí hay algo serio. Se confirma que las desapariciones no son simples extravíos, y que hay una especie de mensaje oculto relacionado con un drago. Creen que hay un secreto histórico oculto en la isla.

—Eso suena prometedor —dijo Alfonso—. Pero ten cuidado, no quiero que arriesgues el pellejo por un reportaje. ¿Tienes algo concreto?

—Todavía no, apenas he encontrado el hilo. Mañana me reuniré con un guía local y quizá visitemos algún punto de interés. Mantente atento a mis correos. Si te envío algo codificado, sabrás que es importante.

Colgó la llamada y se sentó un momento en el sofá. La tensión, la emoción y el cansancio se mezclaban. Recordó que no había comido nada desde el mediodía, así que bajó a una tasca cercana. Allí, entre mesas de madera y una luz cálida, pidió un plato de queso palmero y mojo, junto con un vino de la isla. El vino, cultivado en bancales volcánicos, tenía un sabor mineral, seco, con un ligero recuerdo a frutas exóticas. Saborearlo le devolvió la calma. A su lado, una pareja de turistas alemanes conversaba sobre las rutas de senderismo en la isla; al fondo, el camarero charlaba con una mujer mayor sobre la cosecha de aguacates y mangos de ese año. La cotidianeidad era reconfortante.

Pero al alzar la mirada hacia la calle, distinguió a un hombre que parecía observarla desde la penumbra. Tenía una gorra oscura y gafas de sol a pesar del atardecer. Cuando ella fijó su vista, él se alejó rápidamente. ¿Sería producto de su imaginación? Quizá solo era un transeúnte curioso. Aun así, decidió prestar más atención. Si alguien estaba al tanto de su llegada, no estaría de más ser prudente.

Volvió al apartamento con pasos ligeros. El cielo ya era violeta profundo, y las estrellas empezaban a brillar. Una ventaja de La Palma era la calidad de su cielo nocturno, uno de los mejores para la astronomía, por eso allí se encontraba el famoso Observatorio del Roque de los Muchachos. La ciencia, la tradición, el cielo, el mar, todo parecía unirse en esta trama aún difusa.

Al entrar, notó algo extraño: la ventana que había dejado cerrada estaba ahora entreabierta. Su corazón dio un vuelco. Recorrió la habitación con la mirada, sin atreverse a encender aún la luz. Se acercó al escritorio y vio que su portátil seguía allí, aparentemente intacto. Ninguna de sus pertenencias parecía alterada. Sin embargo, en la pared, donde antes no había nada, alguien había dibujado con tiza blanca un símbolo: el contorno de un drago. Era sencillo, pero inconfundible.

Elena encendió la luz y corrió a la ventana. Nadie en la calle, solo el silencio y las farolas alumbrando la noche. Volvió al dibujo. ¿Cómo habían entrado sin forzar la puerta o romper el cristal? El edificio era antiguo y la ventana daba a un tejado adyacente. Quizá alguien ágil pudo trepar. ¿Qué significaba ese mensaje silencioso? ¿Una advertencia, una invitación, una amenaza?

Acarició el dibujo con el dedo índice. Se manchó levemente de polvo de tiza. Fue entonces cuando notó en el suelo un pequeño objeto, una hoja de papel doblada. La recogió y la abrió con cuidado. Tenía escrita una sola frase en letra pulcra:

“El pasado no duerme. El drago te guiará. Mañana, en el Bosque de Los Tilos, hay respuestas.”

Elena sintió un escalofrío. Alguien sabía que ella estaba allí investigando. Alguien quería guiarla, o tal vez llevarla a una trampa. Tenía una cita misteriosa en el Bosque de Los Tilos, uno de los lugares más espectaculares y antiguos de la isla, un reducto de laurisilva prehistórica. ¿Debía ir? Parecía peligroso, pero también era la única pista concreta.

“Primero hablaré con Roberto”, pensó. Él podría acompañarla. Era un guía experto, conocería el terreno, sabría si había rutas alternativas o lugares seguros. Además, ella no era ninguna ingenua: tomaría precauciones, enviaría su ubicación en tiempo real a su editor, llevaría su móvil bien cargado, y trataría de no acercarse a extraños sola. Pero era innegable que aquella pista podía ser la clave para empezar a desentramar el misterio.

Pasó la mano por su pelo castaño y suspiró. Estaba aquí para esto, para entrar en el corazón del enigma. Recordó a las víctimas, al arqueólogo y a la estudiante, y decidió que no se detendría

hasta saber qué les había sucedido. Quería creer que aún podrían estar con vida, quizá retenidos en algún lugar. La idea de un grupo clandestino, una cofradía, una sociedad secreta con tecnología moderna buscando un secreto ancestral no sonaba descabellada. La isla, con su geografía caprichosa, ofrecía muchos escondites: cuevas volcánicas, barrancos, viejos caseríos abandonados, túneles de agua.

Esa noche, le costó dormir. La tensión y la expectativa la mantenían con los ojos abiertos. Acunada por el sonido lejano de las olas y el eco del viento en las calles, pensó en la historia de La Palma: una isla con tradición agrícola, conocida por sus puros artesanales, sus quesos, sus vinos, su seda natural. Un lugar de contrastes, con picos volcánicos y bosques húmedos, con una artesanía rica y una astronomía puntera. Y ahora, ella se veía en el centro de una trama que parecía extraída de una novela de aventuras. En los próximos días, quizás horas, su destino se entrelazaría con el de esta isla más de lo que jamás había imaginado.

Cerró los ojos y se obligó a relajarse. Mañana iría a Los Tilos, pero no sin antes citar a Roberto. Miró por última vez la pared con el dibujo de tiza del drago antes de apagar la luz. El árbol milenario parecía observarla, convidándola a adentrarse en lo desconocido, a cruzar el umbral de lo cotidiano hacia un territorio de enigmas.

Mientras el sueño la envolvía lentamente, escuchó un susurro lejano, tal vez el viento entre las calles empedradas, o quizá su propia imaginación: “El pasado no duerme... El drago te guiará...” Y con esas palabras danzando en su mente, el primer capítulo de su aventura en La Palma quedaba sellado con el misterio, la promesa y la expectación.

Capítulo 2: Bajo el Susurro del Laurisilva

Esa mañana, Elena despertó más temprano de lo habitual. La noche había sido inquieta, con sueños entremezclados de manuscritos antiguos, árboles milenarios y rostros anónimos que la observaban desde la oscuridad. Al incorporarse, comprobó su teléfono: ninguna llamada extraña, ningún mensaje nuevo. Por un momento dudó si lo sucedido la víspera —la irrupción en su apartamento, el drago dibujado con tiza, la nota— no habría sido producto de su imaginación. Pero al mirar la pared, vio que el contorno blanco seguía allí, confirmando que aquello era muy real.

Se vistió con ropa cómoda, pantalones flexibles, zapatillas ligeras, una camiseta transpirable, y una chaqueta fina en la mochila por si el tiempo cambiaba en la zona norte de la isla. En La Palma, la variedad climática podía sorprender: sol en la costa, niebla en las cumbres, lluvia ocasional en los bosques húmedos. Antes de salir, desayunó rápidamente un café y un trozo de bizcocho casero que había comprado la tarde anterior. Necesitaba energía.

Había acordado encontrarse con Roberto en la Plaza de España, en el mismo centro de Santa Cruz. Bajó por la calle silenciosa, aún con pocos transeúntes, y lo encontró sentado en un banco, revisando un mapa topográfico. Al verla, Roberto levantó la mirada y sonrió, aunque enseguida notó la expresión tensa en el rostro de Elena.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.
—Anoche entraron en mi apartamento —soltó Elena sin rodeos—. De alguna forma, alguien dibujó un drago en la pared y dejó una nota. Me citan hoy en el Bosque de Los Tilos.
Roberto frunció el ceño.
—Eso no suena nada bien. ¿Estás segura de que quieres ir?
—No del todo, pero no puedo ignorar esto. Si alguien ha querido llamar mi atención, es porque

El guía asintió.

—Te acompañaré. Los Tilos es un lugar maravilloso, pero también muy intrincado. Los senderos pueden ser resbaladizos, y hay rincones apartados donde pocos se adentran. Si alguien quiere citarte allí, debemos tomar precauciones. Llevaré mi GPS, linterna, quizás hasta un pequeño botiquín. Y si en algún momento sientes que es una trampa, nos largamos.

—En el bosque hay rutas turísticas bien señalizadas, pero también hay caminos menos transitados. ¿La nota decía un lugar concreto o solo Los Tilos en general? —preguntó él.

Elena sacó el papel.

—Solo decía: “Mañana, en el Bosque de Los Tilos, hay respuestas”. Nada más.

—Podríamos empezar por el centro de visitantes. Allí podríamos preguntar si han visto a alguien sospechoso o algún grafiti. Luego, quizá recorrer la ruta principal. Si hay algo destinado a ti, tal vez lo encuentres en algún punto emblemático.

Se acercaron al centro de visitantes, un pequeño edificio de piedra y madera. Dentro, una joven con uniforme de guardaparques los recibió con una sonrisa. Era una mujer en la treintena, de cabello castaño y ojos verdes, que irradiaba cordialidad.

Elena tomó la palabra. —Hemos sabido que aparecieron mensajes relacionados con un drago. Ayer mismo vi uno en Santa Cruz y alguien me dejó esta nota —mostró la hoja con discreción—. Quieren que venga aquí. Me dedico al periodismo de investigación, intento esclarecer unas desapariciones. La guardaparques las miró con una mezcla de curiosidad y aprensión. —No he visto nada así por aquí, pero... hace una semana noté a dos hombres merodeando fuera

de los senderos marcados. Llevaban tablets, algo así como dispositivos de escáner, y parecían... buscar algo bajo la tierra. Cuando les pregunté, dijeron que eran investigadores de la universidad, pero no me mostraron credenciales. Fue extraño.

Aquello llamó la atención de Elena.
—¿En qué zona exactamente los vio?
—En una bifurcación del sendero principal, cerca de un antiguo canal de agua. Hay una pequeña cascada y un puente de madera. Puedo marcarles en el mapa —ofreció la mujer.
Roberto extendió su mapa y ella señaló el lugar.
—Gracias. Si volvemos, te avisaremos si vemos algo raro.

Se despidieron y se internaron en el bosque. El canto de las aves y el rumor lejano del agua los acompañaron. Caminar en Los Tilos era como entrar en un túnel verde, donde el follaje creaba un entramado denso y la humedad se colaba por todos los poros. Elena miraba a su alrededor, cada tronco cubierto de musgo, cada detalle, esperando encontrar una pista: un nuevo grafiti, una señal.

—¿Conoces alguna historia local que vincule este bosque con el drago o con antiguos secretos?
—preguntó Elena a Roberto mientras avanzaban.
—Los Tilos formaba parte de la selva que cubría gran parte de la isla antes de la llegada de los colonos. Hay cuevas con grabados aborígenes en otras zonas, sobre todo en Garafía, pero aquí también se ha hablado de leyendas. Se dice que en el pasado, algunos palmeros escondieron objetos valiosos en el corazón del bosque para protegerlos de piratas. También se habla de que ciertos curanderos guanches utilizaban laurisilva para preparar remedios y pociones. Pero nada muy concreto sobre dragos aquí, ya que no es su hábitat típico. El drago prefiere zonas más soleadas. Pero si la nota te ha guiado aquí, quizá haya algo simbólico que debas descubrir.

Siguieron adentrándose hasta llegar a la bifurcación señalada. El sendero principal se desviaba a la izquierda, mientras que a la derecha había uno más estrecho que conducía hacia una cascada. Escuchaban el agua caer con un murmullo constante. Al llegar al puente de madera, Elena se detuvo. A un lado, en una piedra semihundida en la vegetación, había una marca. Se agachó y apartó algunas hojas. Era un pequeño dibujo, grabado con algún objeto afilado: la silueta de un drago. Estaba allí, oculto a simple vista.

—Mira esto —dijo en voz baja.
Roberto se arrodilló junto a ella.
—Aquí está otra vez el drago. Esta vez grabado en la piedra. Quien quiera que nos haya citado, nos marca el camino.

Elena sintió un nudo en el estómago. Estaban siguiendo las pistas de un desconocido que entraba en su apartamento sin ser visto, que utilizaba símbolos crípticos y escogía lugares recónditos. Pero debía continuar. Se fijó mejor en el grabado. Junto al drago, al fondo del surco tallado, se adivinaban unas letras muy pequeñas, casi imperceptibles. Sacó la cámara y tomó una foto con macro. Al ampliarla en la pantalla, leyó: "H₀".

—¿H₀? —repitió Roberto—. No es ninguna palabra. Podría ser un código, una clave.
—O una referencia química —dijo Elena—. H₀ no es un compuesto químico estable, pero me recuerda al agua, H₂O. Si han quitado el 2, ¿será un indicio? Estamos junto a una cascada, agua por todas partes... Quizá sea un mensaje parcial.

No pudieron avanzar mucho más en esa pista. Siguieron el sendero hacia la cascada. Unos metros más adelante, encontraron un pequeño claro, rodeado de helechos enormes y troncos cubiertos de líquenes. Allí, en el suelo, había una carpeta de plástico transparente, sujeta con una piedra. A su lado, un pequeño dispositivo electrónico con una luz intermitente roja.

—Ten cuidado —advirtió Roberto—. Podría ser una trampa. Elena se acercó con cautela. La carpeta parecía una funda impermeable. La abrió despacio. Dentro había una hoja con un texto mecanografiado:

“Estás cerca, Elena. Sabes que el drago es la clave, el puente entre el pasado y el presente. El arqueólogo y la estudiante encontraron indicios en crónicas y petroglifos. Tú continuarás su labor. No temas a los que merodean con tecnología. Ellos buscan el mismo tesoro, pero su propósito es dañino. En la isla hay un objeto que cambiará lo que sabemos de nuestra historia. Sigue las marcas del drago en los lugares sagrados y tradiciones palmeras. Mañana, dirígete a la Montaña de la Breña. Allí te espera la siguiente pieza del puzzle.”

Elena tragó saliva. Quien escribió esto la conocía por su nombre. Era alguien que quería guiarla a un hallazgo, quizá el mismo que habían buscado el arqueólogo Acosta y la estudiante Fernández. ¿Quién era este informante? ¿Por qué no daba la cara?

—Esto se complica —comentó Roberto—. Están jugando contigo, guiándote a distintos puntos de la isla. Te hacen saltar de un lado a otro. —Lo sé. Pero también podría ser alguien que quiere ayudar, y no puede hacerlo abiertamente. Quizá teman ser descubiertos por ese grupo que hemos oído que opera con drones y escáneres. Quien sea, parece conocer bastante la isla. Montaña de la Breña está en la zona este, al sur de Santa Cruz, ¿verdad? —Sí, la Montaña de la Breña es famosa por sus miradores y por ser un lugar desde donde despegan parapentes. También hay ciertos cultivos y antiguas fincas. Podría ser cualquier cosa. Pero antes de ir allí, deberíamos analizar esto mejor. No podemos seguir a ciegas.

Elena asintió. Guardó la nota en su mochila. —Además, ¿qué es este dispositivo? —Señaló el aparato con la luz intermitente. Roberto se inclinó y lo examinó sin tocarlo. Parecía una especie de localizador GPS o un pequeño emisor.

—No lo toques. Podría ser para rastrearnos —advirtió. Elena dio un paso atrás. —Tienes razón. Si lo dejaron aquí, tal vez ya saben que hemos venido. Vámonos cuanto antes.

Se alejaron del claro con rapidez, deshaciendo el camino hasta el sendero principal. Mientras andaban, Elena no podía dejar de mirar sobre su hombro. Tenía la sensación de que alguien los observaba a través de la fronda. El canto de un pájaro asustadizo y el crujir de una rama bajo sus pies le pusieron la piel de gallina.

El regreso al coche fue más tenso. Al subir al todoterreno, ambos respiraron con alivio.

—Creo que debemos actuar con inteligencia —dijo Roberto al arrancar—. No podemos acudir a la siguiente cita sin más. Antes, deberíamos investigar un poco sobre la Montaña de la Breña y la conexión con el drago. —De acuerdo. Además, intentaré contactar con alguien en la Real Sociedad Cosmológica de Santa Cruz. Quizá allí puedan darme pistas sobre manuscritos antiguos. Si la estudiante desaparecida investigaba en sus archivos, tal vez allí sepan algo.

Durante el trayecto de vuelta, el sol ya estaba más alto, disipando las brumas. Pasaron junto a plantaciones de plátanos, invernaderos y pequeñas casas rurales. La vida cotidiana parecía ignorar la trama que Elena comenzaba a desenmarañar. Era como si el misterio viviera en un plano paralelo, escondido tras las apariencias de la tranquila vida isleña.

Al llegar a Santa Cruz, se separaron. Roberto necesitaba atender unos asuntos personales, y Elena le prometió mantenerlo informado. Antes de ir a la Sociedad Cosmológica, decidió pasar por su apartamento. Cuando entró, notó que la tiza del drago seguía allí, intacta. Dejó la nota encontrada en Los Tilos sobre la mesa y encendió el portátil. Decidió cifrar en un archivo sus impresiones y enviarlas a su editor, Alfonso. Describió lo ocurrido, incluyendo el encuentro con la guardaparques, la carpeta encontrada, el mensaje y la nueva cita en la Montaña de la Breña.

Tras enviar el correo, se dirigió a la Real Sociedad Cosmológica, un edificio del siglo XIX situado en el casco histórico. Allí se conservaban importantes fondos bibliográficos y documentales sobre la historia insular. Al entrar, el aroma de papel viejo y madera encerada la envolvió. En el mostrador, un hombre de aspecto distinguido, con traje beige y pajarita, la saludó con cortesía.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó en un tono amable.
—Busco información sobre la estudiante Clara Fernández, que estuvo consultando manuscritos hace unos meses. Estoy investigando su trabajo.
El hombre frunció levemente el ceño.
—Recuerdo a la señorita Fernández. Estaba interesada en crónicas del siglo XVI y XVII, en particular aquellas relacionadas con la llegada de galeones procedentes de las Américas. Creo que consultó documentos sobre rutas comerciales y un diario de un escribano que mencionaba la llegada de un objeto “inestimable” a la isla.
—¿Recuerda algo más concreto sobre ese objeto?
—Poca cosa. Los documentos eran fragmentarios, hablaban de una caja sellada que llegó a La Palma probablemente desde La Española, a mediados del siglo XVI. Algo que debía ser custodiado por una cofradía local. La señorita Fernández se mostró particularmente interesada en una referencia a un árbol sagrado, un drago, como símbolo de esa cofradía. Elena se estremeció. Todas las piezas apuntaban a lo mismo.
—¿Sabe si Clara encontró algo relevante antes de desaparecer?
—No podría decirlo. Unos días antes de que dejara de venir, pidió permiso para consultar un manuscrito muy delicado, el llamado “Códice del Puerto”, que contiene anotaciones en clave. Pero no sé si llegó a descifrar algo. Al desaparecer, la policía nos preguntó, pero apenas pudimos ayudar. Hay tan pocas pistas...

Elena agradeció la información. Preguntó si podía consultar el Códice del Puerto, pero el hombre negó con la cabeza. Era un documento muy frágil, y solo investigadores acreditados podían acceder. Sin una autorización especial, imposible. Tendría que buscar otra forma.

Salió de la Cosmológica con la cabeza dando vueltas. Un objeto llegado desde las Américas, una cofradía que lo custodiaba, un árbol sagrado como símbolo, manuscritos en clave... Todo apuntaba a que el drago era la llave de un mensaje oculto, tal vez una especie de mapa o instrucción para hallar ese objeto misterioso. Y los que merodeaban con tecnología moderna, ¿quiénes eran? ¿Contrabandistas de antigüedades, una organización criminal tras un tesoro arqueológico o histórico? Pensó en los desaparecidos: el arqueólogo Acosta seguramente siguió las pistas en el campo, buscando petroglifos y restos aborígenes. Clara Fernández profundizó en las crónicas. Ambos se desvanecieron sin dejar rastro.

De regreso al apartamento, Elena encontró un mensaje de su editor en el correo:

“Elena, la historia es muy prometedora. Pero ten cuidado, hay fuerzas en juego. He pedido a un conocido que intente averiguar si han sucedido incidentes similares en otras islas. Mantente a salvo. Si notas algo peligroso, aléjate.”

Leyó el mensaje con una sonrisa amarga. Su editor se preocupaba, pero también ansiaba la exclusiva. Podía entenderlo: este hallazgo podría ser una bomba informativa. Un objeto histórico capaz de cambiar la comprensión de la colonización, o incluso de las culturas prehispánicas. Algo tan valioso que gente sin escrúpulos lo quería para su provecho.

Se sentó frente al mapa que había colocado en la pared. Marcó Los Tilos con una chincheta verde, la Montaña de la Breña con una azul. La plaza de Santa Cruz y el apartamento con otra. Las conexiones eran difusas, pero podía trazar un recorrido: Santa Cruz, Los Tilos al norte, ahora la Breña al sur-este. ¿Estarían llevándola a recorrer puntos clave de la isla, como si fuera un rompecabezas geográfico?

Pensó en las tradiciones palmeras: la Bajada de la Virgen, la Danza de los Enanos, la artesanía de la seda, los barcos de la Virgen, las cruces decoradas en mayo, las fiestas de antaño... ¿Tendría que visitar algún lugar sagrado, algún santuario, alguna ermita relacionada con la cofradía? La nota hablaba de “lugares sagrados y tradiciones palmeras”. Quizá la Montaña de la Breña fuera un lugar de observación, un mirador desde el que ubicar otra pista.

Tras descansar un poco, decidió llamar a Roberto para contarle los hallazgos. Él atendió a la segunda llamada.

—¿Novedades? —preguntó con un tono neutro.
Elena resumió lo encontrado en la Cosmológica.
—Necesito ir a la Montaña de la Breña mañana. Creo que allí habrá otra pista.
—De acuerdo. Conozco el lugar. Hay miradores impresionantes, se practica parapente, y también hay senderos que rodean la montaña. Quizá debamos llevar prismáticos y cámara, por si la pista no está a simple vista.
—Buena idea. Y también deberíamos estar preparados por si nos topamos con estos tipos de los escáneres.
—Llevaré mi navaja multiusos, por si necesitamos cortar algo o defendernos, aunque espero que no llegue a eso.

Tras colgar, Elena se sintió algo más tranquila. No estaba sola. Roberto parecía un hombre de palabra. Además, podría intentar contactar con la guardaparques de Los Tilos más adelante para saber si los hombres sospechosos habían vuelto.

Llegó la noche y el cansancio se hizo notar. Antes de dormir, salió un momento al balcón. La brisa del Atlántico era fresca, y las luces del casco histórico brillaban bajo el cielo estrellado. La Palma era famosa por su cielo nocturno, un patrimonio que atraía astrónomos de todo el mundo al Observatorio del Roque de los Muchachos. Elena se preguntó si la pista final del misterio estaría en las alturas, entre las estrellas, o en las profundidades volcánicas del subsuelo.

De pronto, creyó ver una sombra moverse en un tejado cercano. Un escalofrío la recorrió. Agudizó la vista, pero solo distinguió un gato huyendo sigiloso. Podía ser su imaginación jugándole malas pasadas. Cerró la ventana con cuidado. No quería sorpresas como la de anoche.

Por la mañana, se reunió con Roberto temprano. La Montaña de la Breña se alzaba al sur de Santa Cruz, cubierta de vegetación, con suaves senderos que ofrecían vistas panorámicas del océano y la costa oriental. Llegaron en el todoterreno por una carretera secundaria. Aparcaron

cerca de un mirador llamado Las Toscas. Desde allí, podían contemplar el mar y parte de la capital.

Con la mochila al hombro, se adentraron en uno de los senderos que rodeaban la montaña. A su paso, encontraron pinos canarios, brezos y fayas. El canto de los pájaros acompañaba cada paso. Elena revisaba cada roca, cada árbol, buscando el símbolo del drago. Tras media hora de caminata, alcanzaron un claro con vistas espectaculares: el Atlántico azul se extendía más allá del límite de la vista, y las nubes bajas danzaban sobre las laderas.

—Precioso —comentó Elena, fascinada a pesar de la tensión que cargaba. —Sin duda. La isla tiene rincones mágicos —respondió Roberto—. ¿Ves algo? Elena examinó las rocas circundantes. Nada evidente. Sacó los prismáticos. Al barrer el paisaje, divisó una estructura abandonada a unos cientos de metros, entre la vegetación: parecía una antigua edificación rural, un pajero derruido o un alpendre.

—Allí —señaló—. Podría ser un buen lugar para ocultar algo. —Vamos a echar un vistazo —dijo Roberto.

Se abrieron paso entre matorrales y helechos. A medida que se acercaban, el sonido del viento aumentaba, susurrando entre las hojas. La edificación resultó ser los restos de una vieja caseta agrícola, muros de piedra volcánica y techo caído hace décadas. Dentro, entre la maleza, encontraron un hueco en la pared, como si alguien hubiera retirado una piedra recientemente. Elena introdujo la mano con cuidado y encontró un sobre plastificado. Lo sacó y miró a Roberto. Él asintió, vigilando los alrededores.

Dentro del sobre había una nota similar a la anterior, mecanografiada:

“Observa el pasado desde el presente. La tecnología no siempre es aliada. Busca las raíces en los archivos de Los Llanos de Aridane. Una pista está en la Plaza de Elías Santos Abreu. Fíjate en la fuente y en lo que refleja. El drago está donde menos lo esperas.”

Elena sintió frustración y expectación al mismo tiempo. Otra nota, otra indicación para ir a otro lugar, ahora en Los Llanos de Aridane, al oeste de la isla. Iban de un punto a otro, como en una búsqueda del tesoro. Se levantó, guardando la nota en su mochila.

—Nos siguen haciendo saltar por la isla. Los Llanos es una ciudad importante, con mucha vida cultural. Quizá estén dispersando las pistas para confundir a quien nos persigue. Roberto asintió, pero señaló con la barbilla hacia un punto más allá de la caseta. Elena giró la cabeza: Un dron, casi silencioso, sobrevolaba la zona a baja altura. Era pequeño, con hélices negras, y parecía tener una cámara frontal. Al notar que ellos lo miraban, el dron ascendió y se perdió tras un grupo de árboles.

—Ya nos han visto —dijo Roberto en un susurro—. O nos siguen desde hace rato. Elena se mordió el labio. Un dron no era algo que usara cualquiera. Quien fuera tenía recursos tecnológicos. La nota mencionaba que la tecnología no siempre era aliada. Quizá el dron pertenecía a esos tipos que la guardaparques vio en Los Tilos.

—Debemos irnos —sugirió—. Antes de que vengan en persona. Abandonaron la caseta con rapidez. De vuelta al mirador, comprobaron que el dron no los seguía. Quizá habían conseguido despistar a los operadores, o estos estaban trazando su posición. De cualquier forma, no podían confiarse.

De camino al coche, Elena pensaba en la siguiente pista: Los Llanos de Aridane, la Plaza de Elías Santos Abreu, una fuente y su reflejo. Esa ciudad era el corazón económico de la isla, al otro lado de la cordillera, conocida por su clima más seco y soleado, sus plataneras y su ambiente más comercial. Allí también podían encontrar museos, archivos locales, y quizá la oficina del arqueólogo desaparecido (Acosta era de por allí, si recordaba bien la nota de un blog).

Al subir al todoterreno, el teléfono de Elena vibró. Era un mensaje de su editor:

“Alerta: he oído rumores de que una organización dedicada al tráfico de antigüedades ha estado activa en Canarias. Ten cuidado. Mantén el perfil bajo.”

Elena cerró los ojos un segundo. Lo presentía: no era solo una historia local. Había gente dispuesta a todo por ese objeto misterioso. Y ella, una periodista freelance, se había metido en el epicentro.

Observó a Roberto, que arrancó el coche en silencio. Él notó su inquietud.
—Saldremos de esto, Elena. Aún no hemos hecho nada ilegal. Ellos sí. Podemos pedir ayuda a las autoridades locales.
—No sé si la policía tomará en serio estas pistas. Y si esta organización tiene tentáculos, pueden tener informantes en todas partes. Tenemos que ser cuidadosos.

Mientras el coche descendía por la carretera de montaña, Elena se aferró a la nota encontrada, a las palabras crípticas que hablaban del drago, del pasado, del presente, de cofradías y manuscritos. Sentía que la isla le hablaba a través de esas señales, guiándola por su geografía, su historia y sus tradiciones. Debía seguir adelante, revelar la verdad. Detrás del suspense, la intriga y la acción, había una verdad valiosa sobre las raíces mismas de la cultura palmera.

Y así concluyó el segundo capítulo, con Elena y Roberto dejando atrás la Montaña de la Breña y un dron espía, con otra nota entre manos y las sombras del pasado cada vez más presentes. El siguiente paso los llevaría a Los Llanos de Aridane, al corazón del valle soleado, donde la fuente y su reflejo prometían otra pieza del rompecabezas. La isla desplegaba ante ellos su mosaico de secretos, y el tiempo corría mientras las fuerzas oscuras, armadas con tecnología y ambición, acechaban entre los rincones de la isla bonita.

Capítulo 3: Ecos del Valle Soleado

Elena observaba el paisaje mientras el todoterreno de Roberto avanzaba hacia el oeste de la isla. La carretera atravesaba la dorsal montañosa que separaba el lado este del oeste, y al cruzar las cumbres, el clima parecía cambiar. El cielo se mostraba más claro, con nubes esponjosas sobre un valle fértil, las plataneras extendiéndose en terrazas infinitas, y la luz del sol iluminando las laderas como si fuera un lienzo impresionista. Esta era la comarca de Aridane, el corazón agrícola de La Palma, donde la ciudad de Los Llanos de Aridane mostraba su carácter próspero y moderno, mezclando lo tradicional con lo contemporáneo.

—Llegaremos en una media hora —dijo Roberto, concentrado en la conducción.
—Perfecto. La plaza que debemos visitar está en el centro, cerca de la Iglesia Matriz de Nuestra Señora de los Remedios, si no recuerdo mal —respondió Elena, repasando en su mente el plano urbano que había consultado antes de partir.

La nota encontrada en la Montaña de la Breña mencionaba la Plaza de Elías Santos Abreu. Elena había leído algo sobre ese lugar: era una plaza céntrica con una fuente moderna, construida como homenaje a un importante benefactor local. La nota decía “Fíjate en la fuente y en lo que

refleja". ¿Podría tratarse de un reflejo literal en el agua, o era una metáfora que señalaba hacia otra pista?

Mientras atravesaban el Túnel de la Cumbre —el pasadizo que conectaba los dos mundos de la isla—, Elena reflexionó sobre la mención del tráfico de antigüedades que su editor había mencionado. Aquella organización, quien quiera que fuera, parecía tener un interés claro en el objeto misterioso, en ese tesoro histórico que había permanecido oculto durante siglos. Clara Fernández, la estudiante, y el arqueólogo Acosta habían desaparecido después de acercarse demasiado a la verdad. Ahora Elena y Roberto seguían esas huellas, guiados por un informante desconocido que dejaba notas crípticas y que parecía querer adelantarse a quienes operaban con drones y escáneres.

El sol brillaba con intensidad al salir del túnel. Pinos y almendros salpicaban el paisaje. La carretera se ensanchaba y pronto las primeras casas de las afueras de Los Llanos aparecieron, blancas y ocre, rodeadas de jardines. El tráfico era algo más animado que en Santa Cruz; Los Llanos era una ciudad más extensa y llana, con un clima más cálido y seco.

Estacionaron el coche en un aparcamiento céntrico. Desde allí caminaron unos minutos hasta la Plaza de Elías Santos Abreu. Se trataba de un espacio abierto, agradable, con árboles, bancos, y efectivamente, una fuente moderna en el centro. Era una especie de escultura con varios chorros de agua que caían en distintos niveles, creando un juego de luces y reflejos sobre la piedra clara.

Elena se acercó a la fuente, tratando de observar con detenimiento su superficie. Gente pasaba a su alrededor: familias con niños, turistas tomando fotos, vecinos comprando en las tiendas cercanas. Nada parecía fuera de lugar, salvo las palabras de la nota: “Fíjate en la fuente y en lo que refleja. El drago está donde menos lo esperas.” De inmediato pensó en el reflejo del agua: quizá al mirar el agua desde cierto ángulo, aparecería la imagen de un drago reflejado en algún edificio cercano, o un detalle en un balcón. Decidió rodear la fuente, buscando distintos puntos de vista.

—¿Ves algo? —preguntó Roberto, manteniendo la guardia, repasando con la mirada los alrededores.

—Todavía no. ¿Podrías intentar mirar con los prismáticos a la distancia? La nota podría implicar que, al mirar el reflejo del agua, notaremos algo en el entorno.

Roberto asintió y sacó sus prismáticos. Elena miró hacia la fuente: el agua, al moverse, reflejaba partes del cielo, de los edificios, de las palmeras circundantes. Giró lentamente sobre sus talones, intentando alinear la vista desde diferentes ángulos. Finalmente, en un punto específico, notó algo: el reflejo de una fachada lejana aparecía ondulante en el agua. Se trataba de un antiguo edificio con balcones de madera. En el centro de uno de los balcones se adivinaba una maceta con una planta. Entre el movimiento del agua, le pareció ver la silueta familiar: un drago en miniatura, quizá un bonsái, o una reproducción artesanal. No estaba segura, el reflejo era inestable.

—Roberto, mira hacia aquella fachada —dijo señalando un edificio al otro lado de la plaza—. ¿Ves algo en el balcón del segundo piso, el que tiene flores rojas?

Roberto enfocó los prismáticos.
—Hay una pequeña maceta con una planta que... sí, parece un drago pequeño. Inusual tener un drago en un balcón, son árboles que crecen lento y no suelen ponerse en macetas pequeñas, pero podría ser una especie de adorno.

—La nota decía: “El drago está donde menos lo esperas”. Ese balcón podría ser la siguiente pista. Quizá debamos acercarnos.

Caminaron hasta el edificio, una antigua casona convertida en viviendas particulares. En la entrada había un timbre con varios nombres, pero ninguno les resultó significativo. ¿Preguntarían puerta por puerta? Eso podría ser arriesgado. Sin embargo, Elena notó un detalle: en la pared del portal, junto a los buzones, alguien había pegado un pequeño adhesivo con la silueta de un drago y debajo las siglas “C.V.”.

—¿C.V.? —musitó Roberto—. ¿Significará algo como “Cofradía del Venerable...” o “Código Viejo”?

—Podrían ser iniciales de algo o alguien. Acosta se apellidaba con A, Fernández con F. ¿C.V. podría ser las iniciales de otro investigador? O quizá de una institución: Casa de la Vela, Centro de Visitantes... no me suena.

—Podríamos preguntar a algún vecino, pero debemos tener cuidado. Si la organización que nos sigue sabe que estamos aquí, podríamos exponernos.

Elena se quedó pensativa. Miró de nuevo hacia el balcón donde estaba el drago en miniatura. Era un balcón estrecho, con barandilla de hierro forjado, flores rojas y amarillas, y el pequeño drago en el centro. De pronto se le ocurrió algo. Sacó su cámara y con el zoom al máximo fotografió la maceta. Al ampliar la imagen, distinguió que al pie de la maceta había una placa metálica diminuta con un grabado: “Dracaena Draco – C.V. – 1561”.

—1561... —dijo en voz alta—. Esa fecha podría ser clave. El arqueólogo y la estudiante investigaban el siglo XVI. Y esas siglas C.V. asociadas a la planta... ¿Podría ser alguna referencia histórica?

Roberto miró la foto.

—C.V. también podría hacer referencia a “Códice del Venerable” o “Carta de V...” algo. ¿Y si es el nombre de la cofradía que custodiaba el objeto? Quizás “Cofradía del Vínculo”, “Cofradía del Verbo”, o algo así.

—Necesitamos buscar referencias a cofradías del siglo XVI en La Palma. Quizás en el Archivo Municipal de Los Llanos o en alguna iglesia. La iglesia principal podría tener documentos o podría ser un lugar donde se llevaron a cabo rituales. 1561 suena a una fecha de llegada de algún barco, según lo que me comentó el hombre de la Cosmológica.

Elena recordó que la estudiante Fernández estaba estudiando la llegada de un objeto desde La Española. ¿Quizás en 1561 llegó el objeto a la isla? Tal vez la cofradía “C.V.” lo recibió y lo ocultó. Y ahora, siglos después, las pistas se van desvelando.

—¿Y si intentamos hablar con un historiador local? —propuso Roberto—. Los Llanos tiene un museo arqueológico y algunos historiadores que podrían darnos luz sobre cofradías antiguas.

—Buena idea. Antes de lanzarnos a buscar a ciegas, preguntaremos a un experto. Conservo el contacto de un profesor de la Universidad de La Laguna que hizo investigaciones en La Palma. Quizá pueda orientarnos a distancia.

Mientras se alejaban de la plaza, Elena marcó el número de su contacto, el profesor Manuel Gutiérrez, experto en historia canaria. Esperó unos tonos y finalmente respondió.

—¿Elena? ¿Qué tal, hija? Tanto tiempo.

—Profesor Gutiérrez, necesito su ayuda con un tema muy específico. Estoy investigando una

cofradía del siglo XVI en La Palma, algo relacionado con la llegada de un objeto desde América. Me topé con las siglas C.V. y la fecha 1561. ¿Le suena de algo?

El profesor guardó silencio un momento. —1561 es una fecha interesante. Por esas décadas llegaron muchas expediciones y cargamentos a La Palma. En cuanto a cofradías, hubo varias religiosas dedicadas a la caridad o al culto de imágenes. Pero “C.V.” no me suena directamente como una cofradía religiosa oficial. Podría tratarse de un grupo clandestino, tal vez la “Cofradía del Verbo” o “Cofradía del Vellochino”. He oído rumores de sociedades secretas que custodiaban reliquias o conocimientos. —¿Alguna referencia a un drago como símbolo? —insistió Elena. —El drago era un árbol sagrado para los guanches en Tenerife. En La Palma, aunque menos común, se le daba un valor simbólico. He leído en algún lugar sobre una hermandad que usaba el drago como emblema, vinculada al resguardo de un documento traído de las Indias. Debes buscar en las crónicas de la época o en documentos parroquiales de la Iglesia de los Remedios en Los Llanos. Allí puede que haya algún rastro. —Gracias, profesor. Me ha sido de gran ayuda.

Colgó y compartió la información con Roberto. —La Iglesia Matriz de Nuestra Señora de los Remedios está aquí cerca, es la principal parroquia de Los Llanos. Vale la pena echar un vistazo. Quizá su archivo contenga referencias. —Veamos si la iglesia está abierta al público. A veces guardan archivos históricos. Si no, podríamos hablar con el párroco o algún encargado que nos permita consultar los registros antiguos —dijo Roberto.

Caminaron un par de calles hasta la iglesia. Era un templo de origen antiguo, con una fachada sencilla y un interior con retablos barrocos. Entraron con respeto. No había mucha gente, sólo algunos fieles y turistas. Un sacerdote mayor, con sotana negra y porte tranquilo, conversaba en voz baja con una señora a un lado del altar. Elena esperó a que terminaran para acercarse.

—Buenos días, padre. Disculpe que lo moleste —dijo con voz amable—. Soy periodista y estoy investigando la historia de la isla. Me pregunto si existe un archivo parroquial donde pueda consultar datos de cofradías del siglo XVI. El sacerdote la miró con curiosidad. —Tenemos un archivo antiguo, hija, pero se accede con permisos especiales. ¿Busca algo en particular?

—Busco referencias a una cofradía con las siglas C.V., alrededor de 1561, que pudiera haber custodiado un objeto histórico llegado de las Américas. El sacerdote ladeó la cabeza, pensativo. —No me suena. Pero tenemos unos legajos muy viejos que casi nadie consulta. Podría hablar con el encargado del archivo, don Anselmo, para que la ayude. Aunque no le prometo nada inmediato, hoy está un poco ocupado. —Entiendo, estaré agradecida con cualquier ayuda.

Mientras el sacerdote se marchaba a buscar a Anselmo, Elena y Roberto esperaron en un banco de madera. Observaban el interior de la iglesia: las imágenes religiosas, las flores, las velas encendidas, los altares secundarios. De pronto, en uno de los retablos laterales, Elena advirtió un detalle: un pequeño escudo tallado en madera, representando un drago estilizado. Se levantó y se acercó. A su lado, una inscripción en latín: “Custos Verbi”, que se podía traducir como “Guardián de la Palabra” o “Custodio del Verbo”.

—Roberto, ven a ver esto —susurró.
—“Custos Verbi” —leyó él—. Esto encaja con las siglas C.V. Tal vez la cofradía se llamaba así: Cofradía del Custodio del Verbo, o simplemente “Custos Verbi”. Eso explicaría el símbolo del drago.

—Si esta hermandad existió, debió estar involucrada en proteger esos manuscritos o ese objeto desde el siglo XVI. Las siglas, la fecha, todo encaja. El drago representaría su misión de salvaguardar un conocimiento valioso.

En ese momento llegó el sacerdote con Anselmo, un hombre de mediana edad, gafas gruesas y un gesto serio pero no hosco. Llevaba unas llaves antiguas colgando del cinturón.

—Esta dama busca información del siglo XVI, sobre una cofradía con el drago como símbolo. Anselmo, ¿puedes ayudarlos?
—Claro, padre. La documentación antigua está en la sacristía anexa. No prometo milagros, pero pueden echar un ojo.
—Se lo agradecemos mucho —dijo Elena, sonriendo con gratitud.

Atravesaron una puerta lateral y entraron a una sala silenciosa, con estanterías llenas de legajos. El aroma a papel viejo y cuero inundaba el ambiente. Anselmo les indicó una mesa y sacó algunos catálogos. Tras una breve explicación, los dejó con la promesa de volver pronto, y se marchó.

Elena y Roberto examinaron los índices. Pronto encontraron una referencia a una “Hermandad del Custodio del Verbo” en un legajo fechado en 1570, que mencionaba la preservación de “un bienpreciado traído de las Indias”. Solicitaron el legajo a Anselmo cuando regresó. Éste lo trajo con sumo cuidado, era un manuscrito deteriorado, con tinta difusa y letra cursiva antigua.

Elena leyó en voz baja, descifrando con esfuerzo:

“En el nombre del Altísimo, la Hermandad del Custodio del Verbo mantiene bajo su amparo el códice entregado por los hermanos que arribaron desde La Española en el año del Señor de 1561. Tal códice, que contiene el secreto del saber perdido, ha de ser guardado bajo el símbolo del drago, en lugar seguro, hasta que llegue el tiempo señalado. Ningún extraño debe poseerlo, pues su revelación prematura traería discordia y ambición.”

—¡Un códice! —exclamó Roberto—. No sólo un objeto físico cualquiera, sino un códice, un documento. Podría ser el famoso “Códice del Drago” o algo similar, el que mencionaste antes.
—Esto explica el interés de la estudiante y el arqueólogo. Quizás descubrieron la existencia de este Códice. La cofradía lo ocultó hace siglos. ¿Dónde? Aquí sólo dice “bajo el símbolo del drago”. ¿Podría estar en algún lugar marcado con un drago?
—Hemos visto dragos por toda la isla, pero deben ser pistas precisas. La nota que recibimos nos trajo de Los Tilos a la Breña, y de allí a Los Llanos. Quizá ahora, con el nombre completo de la cofradía, podamos ahondar más.

Siguieron leyendo el legajo. Más adelante, se mencionaba que el Códice fue dividido en partes y dispersado. Los hermanos del Custodio del Verbo dejaron señales en sitios sagrados, vinculados a la tradición palmera: “El Códice reposa donde la isla habla con sus voces antiguas, en el murmullo del agua, en la danza de la fe, en el suspiro de la seda y el aroma del vino. Quien quiera unir sus fragmentos deberá seguir el rastro del drago en las tradiciones del pueblo.”

—Esto suena a una búsqueda del tesoro cultural —dijo Elena, fascinada—. “La danza de la fe” podría referirse a la Danza de los Enanos, una tradición emblemática de la Bajada de la Virgen. “El suspiro de la seda” podría apuntar a la artesanía de la seda en El Paso. “El aroma del vino”

podría llevarnos a las bodegas de Fuencaliente. Y el murmullo del agua... quizás a las fuentes y nacientes, como en Los Tilos. —Ya fuimos a Los Tilos, y ahora a Los Llanos con esta fuente. La Bajada de la Virgen se celebra en Santa Cruz. La seda se trabaja en El Paso, no lejos de aquí. El vino podría llevarnos al sur, a las bodegas de malvasía de Fuencaliente. Estamos recorriendo la isla a través de sus tradiciones. —El informante que nos deja las notas nos está guiando a cada lugar. Quizás la próxima pista nos llevará a El Paso. Allí, en el taller de seda, podríamos encontrar algo.

Elena tomó fotos del legajo. Agradeció a Anselmo, y con sumo cuidado, devolvieron el documento. Salieron de la iglesia con la cabeza llena de nuevas conexiones. A la sombra de un níspero, analizaron la situación.

—Tenemos un mapa mental: El drago es el símbolo de la Hermandad del Custodio del Verbo, que custodia un códice traído en 1561. El códice está fragmentado y las tradiciones palmeras marcan los lugares para restaurar su significado. —El lugar donde se elabora la seda natural es muy famoso en El Paso. Es una tradición única en Europa. Podríamos ir allí. Quizá entre los telares y gusanos de seda haya una marca, un signo. Aunque antes de correr allá, ¿no crees que deberíamos comprobar si alguien nos sigue? Elena asintió, nerviosa. —Sí, tenemos que ser más cautos. La vez anterior vimos un dron. Ahora, con tanta gente en la plaza, es fácil que alguien nos vigile. Caminemos un poco por calles aledañas, a ver si detectamos a alguien sospechoso.

Dieron una vuelta por las manzanas cercanas. Notaron a un hombre con gorra oscura que parecía detenerse cuando ellos se detenían, y avanzar cuando ellos lo hacían. Elena confirmó sus sospechas al reflejar su figura en el cristal de una tienda: el hombre los seguía, manteniendo cierta distancia. Cuando giraron hacia una calle menos transitada, el hombre apresuró el paso. Era hora de actuar.

—Roberto, ese tipo con gorra nos sigue. ¿Conoces alguna salida o callejuela donde podamos despistarlo?

—Sí, a la vuelta de la esquina hay un callejón sin salida, pero con un patio interior que conecta con otra calle. Podemos escabullirnos por allí.

Caminaron rápidamente hacia el callejón. Entraron y, efectivamente, al fondo había un portón semiabierto que daba a un patio con plantas. Pasaron y lo cerraron con cuidado, conteniendo la respiración. Escucharon los pasos del hombre que se asomaba al callejón, dudando. Luego, maldiciendo en voz baja, se fue. Esperaron unos minutos y salieron por la otra calle. Parecía que habían logrado despistarlo.

—Esto se pone más peligroso —dijo Elena en voz baja—. Deberíamos contactar con la policía. —Sin pruebas claras de delito y sin una amenaza directa, no sé si nos tomarán en serio —respondió Roberto—. Además, la policía podría ser filtrada por este grupo. Mejor mantengamos la información cerca de nosotros, y a tu editor, por ahora. Si las cosas empeoran, pediremos ayuda a las autoridades.

Elena envió un mensaje rápido a su editor: “Nos siguen. Hemos hallado referencias a la Hermandad del Custodio del Verbo y un códice de 1561. Próximo destino: El Paso, taller de seda. Mantente alerta.” Alfonso respondió inmediatamente: “Cuidado. Estoy intentando obtener más datos de mis contactos. Haz lo que puedas, pero protege tu vida.”

Se dirigieron al coche. Antes de partir hacia El Paso, decidieron detenerse en un lugar apartado para comer algo. Era casi mediodía, y el hambre apretaba. Encontraron una pequeña tasca familiar en las afueras de Los Llanos, donde pidieron unas garbanzas y un pescado fresco con mojo verde, acompañado de un vino local. A pesar de la tensión, la comida resultó reconfortante. Elena y Roberto conversaron en voz baja, planificando su siguiente paso.

—El Paso está a pocos kilómetros, en el centro de la isla. Allí la tradición de la seda es centenaria. El gusano de seda, las moreras, los telares... ¿Cómo encaja esto con el drago y el código? — preguntó Roberto mientras terminaba su plato.
—La nota del legajo hablaba de “el suspiro de la seda”. Puede que en el taller principal, donde muestran el proceso de transformación de la seda, haya algún símbolo oculto. Como hemos visto, la Hermandad del Custodio del Verbo utilizó la isla como tablero, dejando señales en tradiciones y lugares culturales.
—Ciertamente, y la seda palmera es una tradición única. Vamos. Pero esta vez dejaremos el coche en un lugar discreto. No quiero que nos localicen fácilmente.

Condujeron hacia El Paso, subiendo por la carretera que serpenteaba en medio de la vegetación. Al llegar, estacionaron lejos del centro, en una calle secundaria. Caminaron hasta la Casa de la Seda, un pequeño museo-taller donde artesanas mostraban el proceso de obtención de la seda a partir de los gusanos, hilado y tejido, tal y como se hacía antiguamente.

En el interior, una mujer con delantal y sonrisa amable los recibió. Explicó los pasos del proceso, mostró las moreras, las crisálidas, el hilado de la seda en un telar artesanal. Elena y Roberto se mostraban interesados, y cuando pudieron, Elena preguntó:

—¿Han tenido visitas de investigadores últimamente? Quizás alguien interesado en documentos antiguos o símbolos peculiares. La mujer ladeó la cabeza.
—Aquí vienen turistas curiosos, estudiantes de etnografía, pero no sabría decir de documentos antiguos. Eso sí, hace poco vino un hombre preguntando si teníamos algún símbolo del drago en nuestros telares. Le dije que no, que el drago no tiene relación directa con la seda. Pero él insistió en examinar las herramientas antiguas.
—¿Y qué pasó?
—No encontró nada. Estaba un poco nervioso. Yo le dije que esto era un taller museo, no una galería de arte. Acabó marchándose. Era alto, con gorra, y llevaba una tableta electrónica. Me resultó extraño.

Elena y Roberto se miraron. Parecía que su perseguidor o alguien de esa organización también había estado allí. No podían irse con las manos vacías. Debían buscar alguna señal. Mientras la artesana atendía a otros visitantes, ellos miraron con más detalle las herramientas, los viejos telares, las vitrinas con antiguas piezas de seda.

En una esquina había un expositor con trozos de tejido muy antiguos, algunos con bordados. Elena se fijó en uno en particular: un retal de seda muy antiguo, amarillento por el tiempo, con un bordado en hilo negro representando una silueta vegetal. Se acercó más. Podría ser un drago estilizado. Junto a él, unas letras diminutas: “C.V. - F.P.”

—Aquí está el drago otra vez —susurró—. Y las iniciales C.V., junto a otras: F.P. ¿Será otro miembro de la cofradía, o una segunda clave? Roberto se acercó.
—F.P. podría indicar un lugar: por ejemplo, “Fuencaliente de la Palma” o “Finca de Pedro”. Dado

que sospechamos que una de las pistas está en las tradiciones del vino, Fuencaliente es famosa por sus viñedos y bodegas. ¿Y si “F.P.” significa “Fuencaliente de la Palma”? —Eso tendría sentido. Ya tenemos el murmullo del agua (Los Tilos), la plaza del drago (Los Llanos), el suspiro de la seda (El Paso)... Ahora el próximo paso lógico son las bodegas y el aroma del vino en Fuencaliente.

Elena fotografió el retal de seda antiguo. Antes de marcharse, le agradeció a la artesana y compró un pequeño pañuelo de seda como recuerdo, además de alguna tarjeta informativa. Por seguridad, no querían levantar sospechas.

Al salir, notaron un coche estacionado al otro lado de la calle, con un hombre fumando dentro. Les pareció ver que intentaba ocultar el rostro al pasar. Decidieron caminar en dirección opuesta, tomar una calle paralela y rodear la manzana para llegar a su vehículo por otra ruta. Debían moverse con cuidado.

—Cada vez que encontramos una pista, ellos también están cerca. Este juego del gato y el ratón es peligroso —dijo Roberto en voz baja—. Sería bueno tener un plan por si nos acorralan. —Necesitamos pruebas sólidas. Si conseguimos el código o una parte de él, podremos denunciar ante la policía y las autoridades culturales que están tras un tesoro patrimonial. Además, la opinión pública nos respaldaría. Ahora sólo tenemos insinuaciones y rumores. —De acuerdo, vamos a Fuencaliente. Allí buscaremos las bodegas tradicionales, famosas por su malvasía. Quizá el drago aparezca de nuevo. Y si la cofradía dejó fragmentos de un mensaje, puede que estemos a punto de reconstruirlo.

Avanzaron por las calles de El Paso hasta llegar a su coche. No vieron al hombre del cigarrillo. Esperaban haberlo despistado otra vez. Partieron hacia el sur, hacia la tierra del vino y el volcán, Fuencaliente, donde las coladas volcánicas teñían el paisaje de negro y las viñas se adaptaban al suelo árido, produciendo vinos singulares.

Durante el camino, Elena reflexionó: estaban siguiendo una ruta marcada por las tradiciones palmeras. Cada lugar ofrecía una pieza del puzzle. Los Tilos, Montaña de la Breña, Los Llanos, El Paso... y ahora Fuencaliente. El patrón coincidía con la idea de la Hermandad del Custodio del Verbo: dispersar el conocimiento por la isla, entre sus costumbres, su historia y su geografía. Tal vez, cuando reunieran todas las pistas, podrían localizar el lugar exacto donde el código fue escondido.

Al cabo de una hora de trayecto, la carretera descendió hacia el sur, ofreciendo vistas del mar y de plantaciones de viñas de malvasía en suelos volcánicos. El viento era más fuerte, el aroma salobre del Atlántico se mezclaba con el terroir volcánico. Fuencaliente era tierra de volcanes, de vinos singulares, de faros y salinas. Un lugar de contrastes.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Roberto—. Hay varias bodegas y tiendas de vinos. Podríamos visitar la más antigua. He oído que la Bodega Teneguía es emblemática, o la Bodega Llanovid. Quizá en alguna de ellas encontremos el símbolo del drago o una referencia a C.V. —La nota decía: “El pasado reposa en el aroma del vino.” Intentemos en una bodega histórica. Además, es posible que, al igual que en la seda, haya algún objeto antiguo expuesto.

Estacionaron cerca del centro de Fuencaliente y se dirigieron a una bodega que funcionaba como enoturismo. El interior era fresco, con barricas de roble, botellas antiguas y fotografías de las vendimias históricas. Un enólogo los recibió amablemente.

—Bienvenidos. ¿Quieren catar algún vino? Tenemos malvasía tradicional, vino blanco seco, dulce...

—Gracias, estamos interesados también en la historia del vino en la isla. ¿Tienen algún archivo o exposición de antigüedades vinculadas a la época de la colonización? —preguntó Elena con naturalidad.

—No mucho. Tenemos algunas piezas antiguas, herramientas y fotos de mediados del siglo XX. Pero nada del siglo XVI. Para algo más antiguo habría que buscar en archivos municipales o en colecciones privadas.

—¿Alguna vez ha escuchado de una cofradía antigua relacionada con el drago? —intervino Roberto.

El enólogo frunció el ceño.

—No aquí. Pero me viene a la mente que en las cuevas cercanas a la costa se encontraron antiguas inscripciones. Algunos dicen que contrabandistas o cofradías secretas usaban esas cuevas para esconder mercancías. Si buscan algo así, deberían hablar con algún pescador local o un guía que conozca las cuevas costeras.

Elena sintió una punzada de decepción. No era tan sencillo como en los pasos anteriores. Miró alrededor. En la pared había un mural con escenas de la vendimia. Entre las ilustraciones, notó una curiosa adición: un pequeño recuadro con un drago dibujado entre racimos de uva. Era sutil, pero allí estaba otra vez el símbolo.

Se acercó y leyó una leyenda diminuta pintada al pie del mural: “El guardián observa entre viñas y lava. 1561 no fue el fin, sino el inicio.” La fecha se repetía. El drago aparecía. Y la palabra “guardián” parecía aludir otra vez al “Custos Verbi.”

—Mira esto, Roberto —señaló Elena—. Quizá el enólogo no sepa, pero alguien incluyó este mensaje en el mural. “Entre viñas y lava” y la mención del guardián. Podría apuntar a las cuevas costeras de la zona, donde las coladas volcánicas llegaron al mar.

—Las Salinas de Fuencaliente están en la punta sur de la isla, cerca del faro. Hay cuevas marinas formadas por la lava. Podríamos ir allí. “Entre viñas y lava” podría ser un lugar exacto: las viñas de malvasía crecen cerca de coladas volcánicas antiguas.

Elena agradeció al enólogo y salieron. La noche empezaba a caer. Antes de dirigirse a las cuevas, decidieron que era mejor descansar y planificar con cuidado. Podrían alojarse en una casa rural cercana y explorar las cuevas al día siguiente con linternas. Avanzar por cuevas costeras sin preparación era peligroso, sobre todo si suponen que aquellos hombres con drones también andan tras las pistas.

Mientras conducían buscando un alojamiento, Elena pensó en todo lo avanzado: habían seguido las pistas del drago a través de la isla, desde los bosques húmedos hasta las cumbres, pasando por plazas, talleres de seda y ahora viñedos en suelo volcánico. El hilo conductor era el conocimiento oculto, el código milenario y la cofradía secreta. El peligro era real: alguien los seguía, dispuesto a todo por hacerse con ese tesoro. Pero Elena no pensaba rendirse. Si podía rescatar la verdad y difundirla, haría justicia a los desaparecidos y protegería el patrimonio histórico de La Palma.

Encontraron una pequeña pensión familiar en las afueras de Fuencaliente, con vistas al Atlántico y a las luces del faro parpadeando a lo lejos. En la intimidad de la habitación, Elena repasó sus notas en el portátil, cifró un breve informe y lo envió a su editor. Le aseguró que habían avanzado y que mañana investigarían las cuevas costeras. Alfonso respondió con un escueto: “Suerte. Manténme informado. Cuídate.”

Esa noche, el rumor del mar al pie de los acantilados y el parpadeo del faro acompañaron sus pensamientos. Estaban cerca, lo sentía. Al día siguiente, las cuevas “entre viñas y lava” podrían revelar una nueva clave, quizá un fragmento del código, o la ubicación final. También le preocupaban sus perseguidores. Debían ser más sigilosos que nunca.

Con esa mezcla de esperanza y temor, Elena cerró los ojos. El drago, el código, la isla, todo danzaba en su mente como un tapiz de siglos pasados. La sombra del drago se extendía, protegiendo un secreto que, al salir a la luz, podría cambiarlo todo. Ella estaba decidida a descubrirlo, costara lo que costara.

Capítulo 4: Bajo la Sombra del Faro

La brisa marina de Fuencaliente acariciaba el rostro de Elena con un susurro salobre. Se había levantado antes del amanecer, incapaz de dormir bien tras los acontecimientos recientes. Desde la ventana de la pequeña pensión donde se alojaban, observaba la silueta del faro dibujándose contra el cielo que, poco a poco, pasaba del azul oscuro a un suave púrpura, preludio de la salida del sol. El Atlántico se extendía ante sus ojos como un lienzo en movimiento, y el rumor de las olas chocando contra la roca volcánica le recordaba que la isla tenía mil voces, tantas como secretos guardaba.

Se vistió con ropa ligera y resistente: pantalones de senderismo, zapatillas adecuadas para caminar por terreno irregular, una camiseta y una chaqueta en la mochila por si la brisa enfriaba. En un rincón de la habitación, Roberto comprobaba el contenido de su mochila: linternas, una cuerda, un pequeño botiquín, una navaja multiusos, agua y algo de comida. Habían decidido explorar las cuevas costeras por la mañana, aprovechando la marea baja y la luz del día. No era una tarea sencilla: las cuevas a menudo eran accesibles solo cuando bajaba el mar, y era necesario tener precaución con las rocas resbaladizas y las corrientes.

—¿Lista? —preguntó Roberto, ajustándose el gorro.
—Lista —respondió Elena, con determinación—. Debemos tener cuidado. Si el lugar que buscamos está “entre viñas y lava”, quizá sea una cueva concreta, algún rincón oculto. Podría haber trampas, o alguien esperándonos.

Roberto asintió, serio. Sabían que quienes los seguían también podían haber descubierto estas pistas. La noche anterior, antes de dormir, Elena había repasado el mural de la bodega y las notas halladas. Todo apuntaba a la costa sur, donde la tierra volcánica se encontraba con el mar. Aquella zona era célebre por sus salinas, el faro, y antiguas coladas lávicas que habían formado cavernas en la costa. Además, la referencia a la cofradía y al drago parecía señalar que allí se hallaría otra marca. Quizá, con suerte, un fragmento del misterioso código que tanto ansiaban.

Salieron de la pensión al alba. La dueña, una mujer mayor de rostro amable, les deseó un buen día sin sospechar nada de la aventura que vivían. Tomaron el coche y se dirigieron hacia el faro de Fuencaliente, una estampa icónica con su torre rojiblanca que vigilaba el extremo sur de la isla. A esa hora, apenas había turistas. Solo algún pescador madrugador, y un par de fotógrafos esperando la mejor luz.

Aparcaron cerca de la zona del faro y caminaron hacia las salinas. Los charcos de salmuera brillaban con delicadeza, reflejando el cielo rosado del amanecer. Unos flamencos ocasionales se posaban allí a veces, aunque no era su hábitat típico. La quietud del lugar, interrumpida por

el sonido del mar, le daba a la escena cierto misticismo. Era fácil imaginar por qué la cofradía habría elegido rincones como ese para esconder sus secretos.

—Mira, allí abajo —dijo Roberto señalando la línea costera—. Se ven algunas oquedades en la roca volcánica. Podrían ser cuevas. Tendremos que bajar con cuidado.
—Sí. Antes de hacerlo, comprobemos las mareas. No quiero que la marea suba mientras estamos dentro —advirtió Elena.

—Buena idea. —Roberto consultó una aplicación en su móvil—. La marea está baja ahora y subirá en unas horas. Tenemos tiempo, pero no demasiado. Debemos ser rápidos y metódicos.

Descendieron por un sendero poco marcado, apartándose del circuito turístico. A medida que se acercaban al mar, el rugido de las olas aumentaba. Las rocas volcánicas, de un negro intenso, formaban un paisaje casi lunar. Caminaban con precaución, evitando resbalar. El sol empezaba a iluminar el horizonte, tiñendo el Atlántico de tonos naranjas y dorados.

Tras unos minutos, encontraron una primera cueva, una especie de gruta baja y amplia, con el suelo húmedo y cubierto de algas en su entrada. Encendieron las linternas y avanzaron con cuidado. El olor a sal y algas dominaba el ambiente. Dentro, el eco de sus pasos resonaba entre las paredes de lava solidificada.

—¿Ves algo? —susurró Elena.
—Nada aún. No hay marcas a la vista. Sigamos buscando. Puede que no sea esta la cueva indicada.

Exploraron una segunda cueva, más profunda y oscura, pero tampoco encontraron ninguna señal. Salieron con las botas mojadas y las manos manchadas de musgo. Fue al llegar a la tercera cueva cuando Elena notó un grabado en la pared rocosa. Se acercó con la linterna y retiró con cuidado algunas algas secas que cubrían la superficie. Allí, tallado con un instrumento afilado, estaba el símbolo del drago, el mismo que habían visto repetidas veces, acompañado de las siglas “C.V.”

—Aquí está —dijo con un hilo de voz, emocionada—. Hemos dado con el lugar correcto.

Roberto miró alrededor. La cueva era más pequeña, con una abertura estrecha que se adentraba en la roca. Se escuchaba el rumor de la marea en el fondo, y un goteo constante del agua filtrándose a través de la piedra. Entre las irregularidades del suelo volcánico, Elena detectó una especie de compartimento natural, una grieta sellada con piedras más claras, como si alguien hubiera colocado esas rocas a propósito.

Con la navaja de Roberto y algo de esfuerzo, retiraron las piedras. Detrás, envuelto en un paño grueso y ya medio deshecho por la humedad, encontraron un tubo de madera sellado con cera antigua. Elena lo tomó con sumo cuidado, el corazón palpitándole con fuerza.

—Parece un contenedor de documentos —susurró.
—Abre con cuidado. Las condiciones aquí son húmedas. El papel podría haberse dañado con los siglos.

Con manos temblorosas, Elena retiró la cera con la navaja. El tubo chirrió al abrirse, soltando un aroma a moho y sal. Dentro, con infinita delicadeza, extrajo un pliego de pergamino envuelto en tela engrasada. La tela, aunque muy vieja, había servido como protección. El pergamino, algo amarillento y manchado, tenía trazos de tinta apenas legibles.

Elena enfocó su linterna y trató de descifrar el texto. Era una escritura antigua, con frases en castellano antiguo mezcladas con palabras en latín. Había dibujos: un drago estilizado, líneas que parecían marcar caminos, nombres de lugares. Reconoció la palabra “Taburiente” y también “Nive” —posiblemente referencia a la Virgen de las Nieves—, junto con fechas y símbolos astronómicos. Todo muy críptico.

—Esto podría ser un fragmento del códice —dijo Elena con la voz cargada de emoción—. Los hermanos del Custodio del Verbo escondieron partes del códice en distintos lugares. Quizá esta sea solo una sección.

—Si tenemos una parte, ya no vamos a ciegas. Con esta evidencia, podríamos demostrar a las autoridades la existencia de un patrimonio oculto. Pero antes debemos interpretarlo.

De pronto, un ruido al exterior. Roberto apagó la linterna. Elena contuvo la respiración. Distinguieron pasos sobre las rocas. Alguien se acercaba. Sus perseguidores podían haberlos localizado.

—Rápido, guarda el pergamino —susurró Roberto.

Elena lo enrolló con sumo cuidado, lo metió en una bolsa impermeable de su mochila y cerró la cremallera. Apagaron las linternas y se ocultaron tras una formación rocosa. Los pasos se oían más cerca, el sonido de botas golpeando contra la piedra húmeda. Un haz de luz entró en la cueva, moviéndose con lentitud. Eran dos hombres, quizá tres, hablaban en voz baja. Elena no entendía lo que decían, parecía un murmullo. Por el sonido, uno de ellos portaba un dispositivo electrónico que pitaba con intervalos regulares, tal vez un escáner o un detector.

La tensión era insoportable. Si los descubrían, estarían atrapados en la cueva, con el mar como única salida peligrosa. Roberto le hizo una señal con la mano a Elena para retroceder poco a poco hacia la parte trasera. Allí, la cueva tenía una angosta apertura hacia el exterior, un agujero elevado por el que tal vez pudieran salir al mar abierto. Era arriesgado, pero no había alternativa.

Mientras los hombres examinaban la pared donde estaba la marca del drago, Elena y Roberto se encaramaron con cuidado por las rocas resbaladizas. La abertura era estrecha, tuvieron que pasar la mochila antes. Sintieron cómo las botas patinaban en el musgo. Un trozo de roca cayó al agua, salpicando. Esperaban que el ruido de las olas amortiguara el sonido.

Salieron a un saliente exterior y se aferraron a la roca para no caer al mar. El viento golpeaba con más fuerza, el sol ya brillaba sobre el horizonte. Debajo de ellos, las olas rompían con furia. Tendrían que bordear la pared unos metros y luego ascender por una grieta que parecía más estable. Con mucha precaución, Roberto avanzó primero, buscando asideros para las manos y pies, mientras Elena lo seguía. Cada movimiento debía ser calculado. Un resbalón y caerían al mar.

El ascenso fue tenso y lento. Cuando llegaron arriba, a una zona más llana, se arrastraron sobre la roca hasta ponerse a salvo tras una formación basáltica más elevada. Desde allí pudieron observar la entrada de la cueva. Tres hombres salieron frustrados, conversando entre ellos. Uno tenía una gorra, otro llevaba una tablet, y el tercero un dron plegado. Uno de ellos dijo con acento peninsular:

—No está aquí. Han debido llegar antes. Regresemos y avisemos al jefe.

Elena y Roberto se miraron con alivio contenido. Estuvieron a punto de ser atrapados. Ahora sabían con certeza que esos hombres utilizaban tecnología moderna —tablets, drones,

escáneres— para rastrear las pistas. Seguramente eran traficantes de antigüedades. Una vez que se fueron, la pareja esperó unos minutos y luego descendieron con cautela por la otra cara de la formación rocosa. Volvieron a la zona del faro, mezclándose con algunos turistas que ya paseaban por allí.

En el coche, Elena sacó el pergamino para examinarlo mejor. Era difícil leerlo a simple vista. —Necesitamos digitalizarlo. Tomaré fotos con cuidado —dijo, y así lo hizo, usando la cámara. Luego, revisó las imágenes en el portátil que llevaba. Podría intentar realzar el contraste y leer mejor el texto. —Quizá el editor pueda pasárselo a un experto en paleografía. O tu contacto, el profesor Gutiérrez —sugirió Roberto. —Buena idea.

Elena llamó al profesor Gutiérrez. Le explicó que había hallado un fragmento de un documento antiguo relacionado con la cofradía, fechado en torno al siglo XVI. Le preguntó si podía enviarle las imágenes por correo para un primer vistazo. El profesor aceptó encantado. Elena le envió el material. Mientras esperaban la respuesta, se alejaron de la zona costera hacia el interior, buscando un lugar donde pasar desapercibidos.

Se internaron por carreteras secundarias entre viñedos y lavas petrificadas. Finalmente, encontraron un mirador con bancos de madera, sin apenas gente. Allí, con la brisa fresca y el sonido lejano del mar, esperaron la respuesta del profesor. Al cabo de media hora, el teléfono de Elena sonó.

—Elena, el texto está muy deteriorado, pero reconozco algunas palabras. Habla del “Libro del Verbo” o “Códice del Verbo” y menciona que las partes del códice fueron diseminadas en “altas cumbres” y “sagrados recintos”. Menciona “Taburiente” y “Nive” (posiblemente la Virgen de las Nieves) como referencias geográficas o simbólicas. También veo una referencia al “Roque” — quizá el Roque de los Muchachos, el punto más alto de la isla— y a un “Receptáculo Estelar” que debe ser interpretado. —¿Receptáculo Estelar? Eso suena al Observatorio del Roque de los Muchachos, profesor. Un lugar donde la ciencia actual observa las estrellas. ¿Cree que se refiere a ese lugar? —Podría ser. El Roque de los Muchachos es un lugar sagrado para la isla, con petroglifos prehispánicos, y ahora con telescopios modernos. Que el códice haga referencia al cielo y a las estrellas no es descabellado. —También menciona a la Virgen de las Nieves. Es la patrona de la isla, cuya imagen se guarda en el Real Santuario, cerca de Santa Cruz. Ya hemos oído que en la Bajada de la Virgen aparecieron manuscritos antiguos. Quizá allí haya otro fragmento. —Elena, te advierto: si ese códice es tan valioso, esos hombres no se detendrán. Debes tener cuidado. Si el Roque de los Muchachos y la Virgen de las Nieves son pistas, tal vez el códice esté relacionado con un saber astronómico traído de América. Imagina el impacto que tendría un documento que combinara conocimiento indígena y europeo del siglo XVI. Sería un hallazgo histórico de primer orden.

Elena lo agradeció y colgó. Compartió las novedades con Roberto. —Tenemos dos pistas nuevas: El Roque de los Muchachos, el punto más alto de la isla, y el Santuario de la Virgen de las Nieves, su patrona. La cofradía ocultó fragmentos del códice en lugares que representaban las tradiciones y la esencia de la isla. Hemos pasado por bosques, plazas, seda, vino, y ahora nos habla del cielo y la fe. —El Santuario de la Virgen de las Nieves está en las afueras de Santa Cruz, no muy lejos de donde

te alojabas. Podríamos ir allí a comprobar si hay alguna referencia más. Pero debemos ser discretos.

—Y al Roque de los Muchachos deberíamos ir con equipo. Está a una gran altitud, y allí se encuentran los telescopios. Quizá alguno de ellos conserve documentos, o haya petroglifos cercanos que contengan indicios. También podríamos hablar con algún astrónomo o guardaparques de la zona.

Antes de moverse, Elena envió una copia del pergamino a su editor, cifrada, con una breve explicación. Cuanta más gente de confianza tuviera la información, más seguro estaría el hallazgo. Después, ella y Roberto partieron hacia Santa Cruz. El viaje hasta allí les llevó algo más de una hora, subiendo nuevamente por las carreteras serpenteantes, atravesando el corazón de la isla.

Durante el camino, conversaron sobre la posibilidad de contactar a la policía. Ahora que tenían una prueba concreta —el pergamino—, quizá podrían conseguir protección. Pero temían que la policía local no entendiera la magnitud del asunto, o que hubiera filtraciones. Por el momento, decidieron ser cautos. Primero intentarían obtener una imagen más completa del código.

Llegaron al Santuario de la Virgen de las Nieves ya entrada la mañana. El templo, encalado y con un bello artesonado mudéjar, es un lugar de devoción desde hace siglos. Cuando entraron, percibieron el ambiente de recogimiento y el aroma a flores. La imagen de la Virgen, tan venerada, presidía el altar. Era aquí donde cada cinco años se realizaba la Bajada, cuando la imagen era llevada en procesión a Santa Cruz, en medio de multitud de actos festivos y culturales.

Elena recordó que, según su contacto en Madrid, en la última Bajada habían aparecido documentos antiguos. Tal vez alguien en el santuario sabía más. Se acercó a la sacristía y encontró a una mujer mayor, con una rebeca gris, limpiando unos candelabros.

—Buenos días. Disculpe la molestia. Soy investigadora y me han comentado que, durante la última Bajada, aparecieron unos manuscritos antiguos. ¿Sabe algo al respecto? La mujer la miró con curiosidad.

—Fue un gran revuelo. Encontraron unos papeles muy viejos en un doble fondo del trono de la Virgen. Nadie sabe quién los puso allí ni cuándo, pero estaban muy deteriorados. La Diócesis los retiró y creo que los enviaron a algún archivo para su restauración.

—¿Sabe dónde se encuentran ahora?

La mujer negó con la cabeza.

—Supongo que en el Archivo Diocesano o en manos de algún experto. La prensa apenas habló de ello, decían que podía ser un fraude. Pero yo oí al párroco comentar que mencionaban cosas raras, mezclando religión con conocimientos extraños.

—¿Mencionaron el símbolo del drago o algo llamado “Código del Verbo”? —Elena arriesgó la pregunta.

La mujer frunció el ceño.

—No me suena. Pero puedo llamar al párroco. Él sabe más que yo.

Mientras la mujer se ausentaba, Elena observó el retablo mayor. Entre las decoraciones, distinguió una pequeña talla de madera que representaba algo similar a un árbol con forma de drago. El mismo símbolo, una y otra vez. Estaba convencida de que la cofradía había elegido esta isla por su riqueza simbólica, y la Virgen de las Nieves era una figura crucial en la tradición palmera, un pilar de la identidad insular.

Al cabo de unos minutos, llegó el párroco. Era un hombre alto, con voz serena.
—Me han dicho que está interesada en los manuscritos hallados durante la Bajada.
—Así es. Estoy intentando entender su origen. Sé que eran muy antiguos.
—Eran fragmentos de un texto en latín y castellano antiguo, sin autor definido. Por orden del Obispado, se enviaron al Archivo Histórico Diocesano en Tenerife para su análisis, pero no sé si han publicado resultados.
—¿Había algo que indicara su relación con la isla, algún símbolo?
—Recuerdo que se mencionaba una “Hermandad del Verbo” y algo sobre “conocimientos traídos de la otra orilla del mar.” También parecía hacer alusión a sitios sagrados de la isla, en especial la montaña y el cielo. Fue un hallazgo muy extraño.

Elena agradeció la información. No era mucho, pero confirmaba el vínculo con el Códice del Verbo, la cofradía y el intercambio cultural con América. Salieron del santuario con más preguntas que respuestas. Aquel archivo en Tenerife podría tener respuestas, pero no podían abandonar ahora La Palma. Además, el Roque de los Muchachos era la siguiente pista lógica.

—Debemos ir al Roque de los Muchachos —dijo Elena, convencida—. Allí confluyen el pasado y el presente: petroglifos aborígenes, la cumbre de la isla, y el observatorio astronómico más importante del hemisferio norte. Si el “Receptáculo Estelar” se refiere a los telescopios o a un lugar cercano, allí quizás encontremos la clave final.

Roberto asintió, aunque preocupado. El Roque era un lugar abierto, pero a la vez aislado. Si sus perseguidores los seguían, podrían acorralarlos con facilidad.
—Iremos preparados. Llevaremos algo de comida, ropa de abrigo, porque allí arriba hace frío, y tendremos que elegir la hora. Mejor ir al atardecer, cuando haya menos gente y los turistas se hayan marchado. Aunque el observatorio suele tener personal, no será tan concurrido.
—De acuerdo. Antes de subir, avisaré a mi editor y le enviaré lo que tenemos. Si algo nos pasa, la información seguirá adelante.

Pasaron la tarde preparando la expedición. Compraron provisiones, linternas más potentes, baterías adicionales para el teléfono y la cámara. Guardaron el pergamino en una funda estanca, bien protegida. Elena envió un segundo informe a su editor, con las novedades del Santuario y la referencia al Roque de los Muchachos.

A media tarde, tomaron la carretera que ascendía hacia las cumbres. La isla mostraba otro de sus rostros: bosques de pino canario, pendientes vertiginosas, nubes que se arremolinaban en las hondonadas. A medida que subían, la temperatura bajaba y el aire se volvía más puro. El Roque de los Muchachos, a más de 2.400 metros, ofrecía panoramas espectaculares sobre la Caldera de Taburiente. Allí estaban los observatorios, cúpulas blancas y plateadas, ventanas al universo.

Llegaron cerca del atardecer. De día, algún personal técnico se ocupaba de los telescopios, pero el lugar no estaba abarrotado. Aparcaron y caminaron hacia un sendero que bordeaba la cresta. Al alejarse de las cúpulas, encontraron petroglifos prehispánicos tallados en la roca. Los antiguos benahoaritas consideraban el Roque un lugar sagrado, conectado con el cielo. Era lógico que la cofradía hubiera elegido este sitio: un puente entre la cosmovisión aborígen, la fe cristiana y la ciencia moderna.

Examinando las rocas con atención, Elena vio una figura grabada: una espiral y, junto a ella, un drago esquemático, apenas reconocible, pero presente. Bajo el drago, unas letras apenas

visibles: “Verbum Caelestis” —“Verbo Celestial.” ¿Sería esta la referencia al “Receptáculo Estelar”?

Roberto apuntó con la linterna. —“Verbum Caelestis”. El Verbo Celestial. Quizá el código contenga un conocimiento astronómico. ¿Y el Receptáculo Estelar? Podría ser un lugar donde las estrellas se reflejan, o algún instrumento astronómico antiguo. —O quizá un lugar concreto en el observatorio. Hay un telescopio llamado GranTeCan, el mayor telescopio óptico-infrarrojo del mundo. Si la cofradía hubiese querido dejar una señal en el presente, el mayor templo de la ciencia astronómica de la isla sería un lugar simbólico.

Elena fotografió el petroglifo. Mientras lo hacía, escucharon motores acercándose. Se ocultaron tras unas rocas. Dos todoterrenos se detuvieron no muy lejos, en un área apartada. De ellos bajaron cuatro hombres, dos de los cuales parecían armados. Sin duda, la situación escalaba. Elena tragó saliva. Debían tener mucho cuidado. La noche caería pronto, y en la oscuridad, todo sería más peligroso.

—Debemos marcharnos. No podemos enfrentarlos sin ayuda —susurró Roberto. —Necesitamos algo más. Solo tenemos el petroglifo. Si esto no es suficiente... —Elena, no arriesgues tu vida. Si ellos saben que estamos aquí, pueden emboscarnos. Tenemos el pergamino, las fotos, el petroglifo, referencias al código. Podemos acudir a las autoridades ahora. Con estas pruebas, el Cabildo y la policía deberían actuar. —Tienes razón. Ya tenemos evidencias sólidas: un fragmento auténtico, fotos de grabados, testimonios. Y una organización siguiendo nuestros pasos. Con esto, podemos alertar a las autoridades del peligro para el patrimonio.

Elena comprendió que el tiempo de actuar solos terminaba. Si querían salvar el código y evitar más desapariciones, necesitaban ayuda oficial. Iniciarían contactos con el Cabildo, con el departamento de Patrimonio Histórico, y entregarían las pruebas.

Cuidando de no ser vistos, retrocedieron con sigilo hasta su coche. El cielo se teñía de rojo y púrpura sobre el mar de nubes. El Roque de los Muchachos, silencioso testigo de siglos y misterios, los despidió con la promesa de más revelaciones, pero ahora, la seguridad era prioritaria.

Mientras descendían la carretera, Elena envió un mensaje encriptado a su editor: “Hallado fragmento del código. Confirmada cofradía Custos Verbi, conexiones con santuarios y observatorio. Anticipo peligro. Notificar a autoridades. Enviando copias.” Alfonso respondió con un escueto “Ok. Procede con prudencia.”

Elena miró a Roberto, que conducía concentrado. Se sentía afortunada de tenerlo a su lado. Ambos habían pasado de meros desconocidos a compañeros de una búsqueda histórica, unidos por la adrenalina, el misterio y la defensa de la verdad. Esta noche, contactarían con el Cabildo y con la policía, mostrando las pruebas. Esperaban que la ley actuara rápido y protegiera el hallazgo, el patrimonio y sus propias vidas.

La isla los envolvía con su manto de tradiciones, paisajes y símbolos. El drago, el Verbo, el pasado y el presente, todo formaba parte de un rompecabezas complejo. Aunque aún no tenían el código completo, habían avanzado mucho: sabían de su existencia, su importancia, las fuerzas que lo codiciaban, y los lugares clave que lo custodiaban. Con la ayuda de las autoridades, quizá

pronto podrían culminar la búsqueda, resolver las desapariciones y poner al descubierto un tesoro cultural capaz de cambiar la visión de la historia.

Mientras descendían hacia el nivel del mar, la oscuridad se cernía sobre la isla. Pero Elena sentía que una luz se encendía en su interior. Había arriesgado mucho, pero aquella búsqueda podía valer la pena. La Sombra del Drago seguía danzando entre las cumbres, los santuarios, las cuevas costeras y los bosques. Y ella, guiada por el verbo perdido y la valentía, continuaría adelante.

Capítulo 5: Bajo el Fuego del Volcán

La noche envolvía La Palma en un manto de sombras y silencios, punteado por las luces de los pueblos costeros y la cinta luminosa de Santa Cruz en la distancia. Elena y Roberto descendían con cautela la sinuosa carretera que bajaba desde el Roque de los Muchachos hacia la costa oriental. El aire fresco de la cumbre se había ido tornando más cálido y húmedo, y la luna, casi llena, acompañaba su viaje silencioso.

Elena había tomado una decisión crucial: iban a contactar con las autoridades. La evidencia acumulada —el fragmento del pergamino, las fotografías de petroglifos, la información del Santuario de las Nieves, el mural en Los Llanos, las notas halladas en la Breña, los grafitis del drago— era lo bastante sólida para convencer a quienes protegían el patrimonio cultural de la isla. Además, la presencia de hombres armados y con tecnología avanzada era la señal definitiva de que se enfrentaban a un grupo organizado y peligroso. Era hora de involucrar a la ley, antes de que la situación empeorara.

Roberto condujo hasta las afueras de Santa Cruz. Se detuvieron en una gasolinera abierta las 24 horas. Mientras él llenaba el depósito, Elena revisó su teléfono. Tenía la tarjeta de contacto de la responsable de Patrimonio Histórico del Cabildo Insular de La Palma, una mujer llamada Adela González, a quien había conocido por correo electrónico semanas atrás cuando preparaba su viaje. Hasta ahora no había querido involucrarla, prefiriendo mantener el perfil bajo. Pero la situación había escalado demasiado.

Marcó el número. Tras un par de tonos, Adela contestó con voz somnolienta; eran cerca de las once de la noche.
—¿Sí? —¿Quién habla?
—Disculpe la hora, señora González. Soy Elena Vázquez, la periodista que le escribió hace unas semanas acerca de una posible investigación en la isla. Necesito hablar con usted urgentemente. He encontrado pruebas importantes sobre un documento histórico oculto y hay un grupo armado tras él.
—¿Cómo? —La voz de Adela se tornó alerta—. ¿De qué me está hablando?
—Es complicado de explicar por teléfono. Le puedo asegurar que esto implica patrimonio histórico canario. Tengo fotografías, un fragmento de pergamino del siglo XVI y referencias a una cofradía secreta. Además, nos han estado siguiendo y creemos que hay un intento de traficar con estas antigüedades.
—Está bien, señorita Vázquez. Dígame dónde podemos vernos. Llame también a la policía, por favor. Si hay delincuentes involucrados, el Cabildo no puede actuar solo.

Elena respiró hondo. No le gustaba la idea de llamar a la policía, pero ya no tenía elección.
—En media hora podemos estar en la sede del Cabildo, en Santa Cruz. Llamaré a la policía local para que envíe una patrulla. ¿Le parece bien?
—De acuerdo. Me vestiré y estaré allí. Y por favor, tenga cuidado.

Colgó y miró a Roberto. Él asintió sin decir nada. Era el paso correcto. Después llamó a la policía nacional. Les explicó brevemente la situación: desaparecidos, amenazas, hallazgo de un documento histórico, individuos sospechosos armados. Le prometieron enviar una patrulla a la sede del Cabildo y un inspector para escuchar su testimonio.

Partieron hacia el Cabildo. Era tarde y las calles de Santa Cruz estaban tranquilas. Aparcaron a cierta distancia y caminaron hasta el edificio principal del gobierno insular, un inmueble histórico con un gran pórtico. Allí los esperaba Adela González, una mujer de unos cuarenta y tantos, pelo corto y mirada severa, vestida con una chaqueta ligera. Junto a ella, un guardia de seguridad del Cabildo parecía algo desconcertado por la reunión nocturna.

—Señorita Vázquez, supongo —dijo Adela, con las manos en los bolsillos—.
—Sí, y él es Roberto, mi acompañante. Siento haberla despertado, pero no teníamos otra opción.
—Está bien. ¿La policía viene de camino?
—Sí, enviarán a un inspector. Debería llegar en unos minutos.

Esperaron en el vestíbulo iluminado por una luz tenue. Los pasos resonaban en el suelo de mármol. Al cabo de un rato, entró un hombre robusto, con gabardina oscura y aire cansado. Se presentó como el inspector Mateo Ramos, de la Policía Nacional. Tras mostrar su placa y la autorización, el guardia de seguridad los condujo a una sala de reuniones discreta, donde Adela encendió las luces y cerró la puerta.

Elena, todavía con la adrenalina palpitando, extrajo su portátil y la carpeta con el pergamino cuidadosamente envuelto. Adela y el inspector se sentaron frente a ellos, expectantes.

—Bien, cuéntenme todo desde el principio —dijo el inspector Ramos, tomando una libreta.

Elena y Roberto resumieron la historia: las desapariciones del arqueólogo Acosta y la estudiante Fernández; los grafitis del drago en Santa Cruz; el contacto con Roberto y la visita a Los Tilos; la aparición de notas crípticas sobre un códice traído de América en el siglo XVI; las cofradías secretas, las pistas en la Montaña de la Breña, en Los Llanos, en El Paso con la seda, en Fuencaliente y las cuevas costeras; la obtención de un pergamino antiguo con referencias al “Códice del Verbo” y a la Hermandad del Custodio del Verbo; la presencia de hombres con drones y armados; y finalmente, el petroglifo en el Roque de los Muchachos, sugiriendo una conexión con el cielo y el conocimiento estelar.

El inspector escuchaba con gesto escéptico al principio, pero al ver las fotos, la nota encriptada enviada a su editor, y finalmente el pergamino, su expresión fue cambiando. Adela González, por su parte, estaba maravillada.
—Esto es extraordinario —musitó ella, mirando el pergamino a contraluz—. Si es auténtico, hablamos de un documento del siglo XVI que podría contener información histórica única. La conexión con América, la llegada de un códice y su ocultación sistemática... ¡Podría reescribir parte de la historia de la isla!

—¿Y qué sabemos de los hombres que los siguen? —preguntó el inspector Ramos.
—Creemos que es una organización dedicada al tráfico de antigüedades. Llevan tablets, drones, dispositivos de detección. Han estado siempre un paso detrás de nosotros. Se mueven en vehículos todoterreno y los vimos con armas —explicó Roberto—. No sabemos su identidad, pero la guardaparques de Los Tilos los vio, y también en El Paso mencionaron a un hombre que buscaba símbolos del drago.
—¿Y las personas desaparecidas? —insistió el inspector.

—El arqueólogo Acosta y la estudiante Fernández estaban tras las mismas pistas. Es probable que esta organización los capturara o amenazara para obtener información —dijo Elena con pesar.

El inspector Ramos asintió con gesto grave.
—Puedo iniciar una investigación oficial. Tienen indicios sólidos de delitos contra el patrimonio, además de posibles secuestros. Pediré refuerzos y pondremos en alerta a las unidades de la isla. Necesito que me entreguen una copia de todo el material que tengan.

Elena asintió. Había traído un pen drive cifrado. Lo entregó al inspector, junto con las claves. Adela González, más emocionada, dijo:
—El Cabildo les agradece que hayan traído esta información. Contactaré con expertos en paleografía, archivística e historia canaria. Intentaremos descifrar el pergamino. También puedo proporcionarles un lugar seguro donde alojarse mientras se aclara esto.

Elena y Roberto se miraron. El ofrecimiento del Cabildo era tentador, pero tampoco querían perder el control. Finalmente, Elena accedió, con la condición de mantenerse informada y colaborar en la investigación. El inspector Ramos estuvo de acuerdo. Establecieron un plan: al día siguiente, se reunirían con un equipo de expertos y con más policía para planificar cómo proceder, quizá montar una operación para atrapar a los delincuentes y recuperar a los desaparecidos.

Con el pergamino bajo custodia del Cabildo y la policía al tanto, Elena y Roberto se sintieron más aliviados. Adela les ofreció una habitación en una casa de huéspedes propiedad de una fundación cultural asociada al Cabildo, en las afueras de Santa Cruz. Era discreta y segura. Aceptaron, agotados por la tensión de las últimas jornadas.

Antes de irse, Elena tomó la mano de Adela.
—Por favor, no deje que este hallazgo caiga en malas manos. La historia de la isla merece ser conocida, no vendida al mejor postor.
—Lo prometo, Elena —dijo la responsable de Patrimonio, con solemnidad—. Haremos lo que esté en nuestras manos para protegerlo.

En la casa de huéspedes, una antigua vivienda colonial con jardín interior, Elena y Roberto finalmente pudieron respirar. Cerraron la puerta, verificaron las ventanas y se dieron una ducha caliente. El silencio de la noche era casi irreal, después de tanta acción. Se sentaron en la cama, cansados pero serenos, sabiendo que ya no estaban solos contra el mundo.

—Hemos dado un paso importante —dijo Roberto, mirando a Elena.
—Sí. Ahora la policía y el Cabildo nos respaldan. Esperemos que esos criminales no se enteren rápido de que hemos entregado las pruebas.
—¿Crees que intentarán recuperarlas?
—No lo sé. Pero la policía estará alerta. Además, nosotros ya no somos su única pista. Sabemos que estos hombres han estado por toda la isla. Con algo de suerte, la policía descubrirá quiénes son.

Elena se acostó, mirando el techo de vigas de madera. Recordó el drago, el código, la Hermandad del Custodio del Verbo. Sentía una mezcla extraña de orgullo y responsabilidad. Habían sacado a la luz algo grande, un secreto dormido durante siglos. Ahora, la isla entera se vería implicada en su revelación. Y también estaba la esperanza de encontrar a los desaparecidos con vida.

Se quedó dormida, acunada por el canto lejano de algún grillo y el rumor del Atlántico tras las colinas.

El amanecer llegó con nuevos aires. Adela González los llamó temprano y les pidió que fueran al Cabildo. Una comisión de expertos había sido convocada de urgencia: historiadores, un paleógrafo del Archivo General de La Palma, un arqueólogo del Servicio de Patrimonio, y un representante de la Diócesis. También el inspector Ramos estaría presente.

Cuando llegaron, la reunión ya había comenzado en una sala amplia con una mesa ovalada. En la pantalla de un proyector se veían imágenes ampliadas del pergamino. El paleógrafo, un hombre mayor con lentes gruesos, explicaba que el texto parecía ser una parte de un código mayor, fragmentado. El lenguaje era castellano antiguo mezclado con latín e incluso con algunos términos taínos o guanches. Mencionaba un “Libro del Verbo” procedente de las Indias, cargado de un conocimiento que debía protegerse de la ambición humana.

El arqueólogo del Cabildo informó que en los últimos años se habían hallado petroglifos aborígenes en lugares insospechados, algunos sin haber sido divulgados para protegerlos de expoliaciones. El drago aparecía en ellos como un símbolo clave, quizá introducido tras la conquista, mezclando tradiciones europeas e indígenas. El representante de la Diócesis, un canónigo joven, mencionó los manuscritos hallados en la Bajada de la Virgen y el posible papel de la Iglesia en ocultar o custodiar parte de este legado.

La sesión se interrumpió con la llegada del inspector Ramos, con gesto grave. —Hemos identificado a los sospechosos. Están vinculados a una banda internacional de tráfico de antigüedades. Su líder, un tal Markus Weber, ha sido visto en otras islas del archipiélago. Creemos que han accedido a información parcial del código y se han desplazado hasta aquí para localizarlo. Dos testigos han aportado matrículas de vehículos y descripciones que coinciden con los hombres que vieron en Los Tilos y Fuencaliente.

—¿Han encontrado a los desaparecidos? —preguntó Elena con el corazón encogido. —Aún no, pero creemos que los tienen retenidos. Uno de nuestros informantes locales asegura haber visto a un hombre similar al arqueólogo en una finca abandonada cerca del volcán de San Antonio, en Fuencaliente. Esa zona es amplia y con cuevas subterráneas. Vamos a enviar allí una operación encubierta para investigar.

Elena y Roberto se miraron. Fuencaliente otra vez. La costa, las cuevas... y ahora el volcán. Todo apuntaba a que esta banda podría tener un escondite en esa comarca. El volcán de San Antonio y el Teneguía eran símbolos de la fuerza de la isla, de su naturaleza candente. Quizás el fuego subterráneo formaba parte de las claves del código.

Adela González intervino:
—El Código del Verbo parece mezclar simbolismos. Tierra, agua, aire, fuego... Ya hemos tenido referencias del agua (Los Tilos), la seda (artesanía, un fruto de la tierra), el vino (Fuencaliente), el cielo (Roque de los Muchachos) y la fe (Virgen de las Nieves). Ahora el volcán representa el fuego, la fuerza de la tierra. Quizá el fragmento principal del código esté oculto en alguna cavidad volcánica. Los antiguos pudieron dejarlo en un lugar inalcanzable, confiando en que la isla lo protegería.

El inspector Ramos asintió.
—Ese razonamiento podría encajar. Estos delincuentes buscan un tesoro histórico. Nosotros

buscaremos con los geólogos y guardaparques entradas a cuevas volcánicas. Con un permiso del Cabildo, rastrearemos la zona con drones policiales y cámaras térmicas. Puede que encontremos donde retienen a los desaparecidos y dónde ocultan su base.

Elena quería ayudar.
—Nosotros conocemos algunos de los lugares que han visitado. Podemos indicar puntos donde vimos señales del drago.
—Agradezco su disposición, pero ahora es una operación policial —respondió Ramos—. Ustedes han hecho bastante. Lo mejor será que se queden en un lugar seguro mientras actuamos. No queremos más civiles en peligro.

Roberto apoyó la mano en el hombro de Elena. Era razonable. Ya habían corrido muchos riesgos. Ahora la policía y el Cabildo tenían las riendas. Pero Elena no podía apartar de su mente a Acosta y a Fernández, desaparecidos. Sentía la obligación moral de hacer algo más.

Al concluir la reunión, Adela se acercó a ellos.
—Entiendo que quieran ayudar. Pero el inspector tiene razón. Nosotros intentaremos descifrar más del pergamino. Les prometo mantenerlos informados. Si se descubre algo importante, tendrán la primicia para su artículo o libro.
—Gracias, Adela —dijo Elena, con sincero alivio. Agradecía el reconocimiento a su labor.

Esa tarde, mientras la policía iniciaba su operativo, Elena y Roberto descansaban en la casa de huéspedes. Intentaban relajarse, pero la tensión seguía presente. Encendieron la televisión para distraerse. En las noticias no se mencionaba nada del código ni del operativo policial; era lógico, no querían alertar a la banda. Solo una breve nota sobre la falta de noticias de los desaparecidos, sin detalles.

Más tarde, Adela llamó por teléfono.
—Hemos analizado más el pergamino. Encontramos una referencia a “la cueva donde la sangre de Drago fluye sobre la roca.” Podría aludir a la savia rojiza del drago, pero en las cuevas volcánicas, la lava solidificada a veces presenta vetas rojizas. Podría ser una metáfora. Si combinamos esto con el fuego del volcán, quizás el lugar esté marcado por vetas rojas en la piedra.

—¿Se lo ha dicho a la policía?
—Sí, ya están sobre ello. Un geólogo consultado dice que algunas cuevas en el entorno del volcán Teneguía presentan rocas con óxidos de hierro que dan un tono rojizo. Mañana continuarán el rastreo.

Elena colgó y le contó las novedades a Roberto.
—Esto se vuelve cada vez más simbólico. El Código podría estar en una cueva volcánica con rocas rojizas, representando la “sangre del drago.” Y allí, ¿quizás dejaron el fragmento principal del manuscrito?

La noche llegó sin más noticias. Elena apenas durmió, soñando con cavernas oscuras, dragos centenarios y manos anónimas que depositaban un código en la entraña volcánica de la isla. Se despertó al alba con una sensación extraña, mezcla de angustia y esperanza.

A media mañana, Adela los llamó con urgencia.
—La policía ha localizado una cueva sospechosa en el entorno del Teneguía. Hay señales de actividad humana reciente. Están organizando una intervención. Han pedido tu presencia, Elena,

y la de Roberto. Quieren que los identifiquéis si encontráis símbolos del drago. Pero deben prometer obedecer las instrucciones de seguridad.

Elena y Roberto se vistieron con rapidez. Sabían que esto era peligroso, pero también una oportunidad de cerrar el círculo. Entrarían en la zona protegida por la policía, probablemente acompañados por agentes armados. De camino, Roberto condujo con la mandíbula apretada.

—¿Estás segura de esto?

—No del todo. Pero si podemos ayudar a encontrar a Acosta y Fernández, y asegurar el código, debo hacerlo. No puedo dejarlo a medias.

—Entonces iremos. Pero prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo —dijo Elena, conmovida por su preocupación.

Al llegar a Fuencaliente, la policía había establecido un perímetro cerca del sendero que lleva al volcán Teneguía. Camionetas discretas, hombres con chalecos antibalas, un geólogo, Adela González y el inspector Ramos, todos preparándose. Al ver a Elena y Roberto, el inspector se acercó:

—Hemos detectado, con un dron, la entrada a una cueva en un risco. Hay restos de actividades recientes: huellas de botas, tal vez una escalera escondida entre matorrales. Nuestros hombres irán primero. Necesitamos que, si encontramos algún símbolo, nos ayuden a identificarlo. Ustedes irán en la segunda línea, protegidos por agentes. ¿Entendido?

Asintieron. Llevaban cascos ligeros y chalecos que la policía les proporcionó. Adela, nerviosa, se quedaría en la camioneta de mando, analizando las imágenes que enviaría la cámara del equipo de asalto. Elena se llenó de coraje. Era el momento de enfrentar a la banda. Sentía el pulso acelerar, la adrenalina subiendo. Roberto le apretó la mano un segundo.

El grupo avanzó por un sendero de lava negra y áspera. El volcán Teneguía, con sus laderas áridas y su cráter semicircular, se erguía imponente. Una zona de viñedos más allá contrastaba con la negrura volcánica. El viento traía olor a azufre y a mar lejano.

Llegaron a la zona señalada. Dos policías camuflados se acercaron en silencio, apartando matorrales espinosos. Allí estaba, un agujero en la roca, semicubierto con tablas. Descubrieron una estrecha entrada que descendía en la oscuridad.

—Atentos. Entraremos con linternas tácticas y en silencio. Si hay hostiles, actuaremos con rapidez —dijo el inspector Ramos a su equipo.

Elena y Roberto, protegidos por un par de agentes, esperaron a que la primera línea entrara. Sintieron el rumor de pisadas descendiendo. Tras unos minutos de tensa espera, una señal del inspector por radio:

—La zona inmediata está despejada. Avancen.

Elena tragó saliva y penetró en la cueva. El aire era fresco y húmedo, con un leve olor mineral. Las linternas iluminaban paredes irregulares de basalto. Avanzaron entre columnas naturales de lava solidificada. A cada paso, miraba las paredes, buscando el símbolo del drago. De pronto, uno de los policías al frente se detuvo.

—Hay luz más adelante. Oigo voces —susurró por el intercomunicador.

Elena tembló. Si los delincuentes estaban allí, podían producirse disparos. El inspector ordenó seguir. Al doblar un recodo, vieron una estancia más amplia, iluminada con linternas portátiles en el suelo. Dos hombres armados custodiaban a un tercero que, agachado, revolvía algo en el

suelo. Tras ellos, otro hombre con gorra parecía vigilar a dos personas atadas a un lateral de la cueva.

El arqueólogo Acosta y la estudiante Fernández, pensó Elena con un nudo en la garganta. Estaban vivos, pero atados y con aspecto demacrado.

—¡Policía! —gritó el inspector, apuntando con su arma—. ¡Tiren sus armas!

Los criminales reaccionaron con rapidez. Uno disparó contra la luz de la linterna. Las balas rebotaron en la roca. Los policías respondieron con fuego controlado. Elena y Roberto se pegaron a la pared, cubriéndose. El estruendo retumbaba en la cueva, mezclándose con gritos.

Tras unos segundos intensos, uno de los criminales cayó herido. El resto huyó más adentro de la cueva, arrastrando algo. Un policía corrió hacia los rehenes. Otros aseguraron la zona. Elena, con permiso del inspector, se acercó a Acosta y Fernández. Estaban pálidos, asustados, pero conscientes. Cortaron las cuerdas y les dieron agua. Acosta balbuceó: —Buscaban un manuscrito... Nos forzaron a traducir fragmentos... no lo han encontrado todo.

Fernández lloraba en silencio. Roberto la calmó. El inspector continuó con su equipo, adentrándose tras los delincuentes. De pronto, Elena vio en la pared un símbolo grabado con tinta rojiza: un drago estilizado. Bajo él, las letras C.V. y un dibujo de una estrella de ocho puntas.

—¡Inspector, aquí hay una marca! —avisó Elena, pero Ramos ya se había adentrado persiguiendo a los criminales.

De repente, un grito. Un derrumbe. Elena sintió el suelo temblar. El intercambio de disparos había inestabilizado la cueva. —¡Todos fuera! —gritó un policía—. ¡Se está desmoronando!

Roberto la jaló del brazo. Acosta y Fernández, apenas liberados, también fueron ayudados a salir. El inspector y su equipo salieron a la carrera detrás de ellos, cubriéndose la retirada. El techo crujía, trozos de roca caían. Los delincuentes, sin salida, gritaban más adentro. Un estruendo sordo marcó el colapso de una galería interna.

Al salir al aire libre, Elena tragó bocanadas. La policía había capturado a uno de los criminales herido. Los demás quedaron atrapados o huyeron por algún túnel desconocido. Pero lo importante: habían rescatado a los desaparecidos. El operativo había salvado vidas.

El inspector Ramos, con el rostro tenso, se acercó. —Lo siento, el derrumbe impidió capturar a todos. Pero al menos tenemos a este. La cueva colapsó. Si el resto escapó, tendrán que salir por otro lugar, y estamos rodeando la zona. ¿Vieron algo más adentro?

Elena asintió. —Una marca del drago y la estrella. Quizá ese fuera el lugar donde el código principal se ocultaba, más adentro. Pero ahora parece inaccesible. —Podemos intentar otra entrada. Mandaremos geólogos y espeleólogos. Con la zona asegurada, podremos excavar. Pero lo principal: hemos rescatado a los rehenes. Están a salvo.

Acosta, aún débil, se acercó a Elena. —Gracias. Vimos documentos. Ellos tenían copias de fragmentos. Querían el código completo. No sé si queda esperanza de recuperarlo del todo... —Lo intentaremos. La policía y el Cabildo no se rendirán. —Elena le sonrió, conmovida.

Más tarde, al volver a la base temporal del operativo, Adela y los expertos del Cabildo celebraron la liberación de Acosta y Fernández. Ambos serían atendidos en el hospital. El fragmento del pergamino que Elena había recuperado seguía siendo la pista principal. Quizás otro acceso a las cuevas volcánicas o la investigación archivística revelaría más. Lo importante era que ahora el Cabildo, la policía y los expertos trabajaban juntos, con la isla entera como testigo.

Elena y Roberto se apartaron un momento a mirar el océano desde un acantilado cercano. El sol bajaba en el horizonte, pintando el cielo de rojo y naranja sobre el Atlántico. El viento traía el murmullo del mar, y la isla parecía respirar con alivio tras la tensión.

—Hemos hecho lo correcto —dijo Roberto, tomando la mano de Elena—. Ahora el código ya no es un secreto solo tuyo. La isla lo protege con sus instituciones y su gente.
—Sí. Siento que cumplimos nuestra misión. Aunque el código esté en parte enterrado, su historia saldrá a la luz. Y hemos salvado vidas.
—¿Te quedarás en la isla para verlo todo concluido? —preguntó él, mirándola a los ojos.
—Quiero. Hay mucho por documentar. Este podría ser mi gran reportaje. Además, no me gustaría marcharme sin saborear esa sensación de que el misterio está resuelto. Y... —Sonrió—. No me importaría disfrutar un poco más de La Palma en buena compañía.

Roberto sonrió también, asintiendo. La Sombra del Drago se alargaba sobre el volcán, el mar y la memoria de la isla. Ahora ya no era un enigma solitario, sino una historia compartida, con testigos y guardianes. El código del Verbo, la Hermandad del Custodio, las tradiciones palmeras, todo formaba parte de un tapiz mayor que la historia oficial tendría que reconocer. En ese crepúsculo, Elena sintió que el mundo se abría, lleno de conocimientos antiguos y de promesas para el futuro. Y ella estaba allí para contarlos.

Capítulo 6: Voces en la Laurisilva

El viento nocturno, cargado de aromas vegetales y salitre, se movía sobre las cumbres de La Palma en susurros interminables. Desde el acantilado donde Elena y Roberto contemplaban el mar, la noche parecía sosegada, como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, en la isla las fuerzas se habían puesto en marcha: la policía, el Cabildo, los expertos en historia y arqueología, todos trabajando para descifrar los enigmas que el Código del Verbo guardaba y para detener por completo a la banda de traficantes.

A la mañana siguiente, el centro de mando del operativo se trasladó a un pequeño edificio del Cabildo en Santa Cruz, una casona reconvertida en oficinas provisionales. Allí, Adela González los recibió con una sonrisa cansada, pero satisfecha. El arqueólogo Acosta y la estudiante Fernández se encontraban en el hospital, fuera de peligro, y hasta habían colaborado con algunos datos iniciales sobre lo que sabían del código. Uno de los criminales heridos seguía bajo custodia policial, y aunque no había dicho gran cosa, la policía revisaba su equipo informático en busca de pistas.

Elena, sentada en una larga mesa de madera, observaba a los expertos debatir. Había historiadores, paleógrafos, un lingüista de la Universidad de La Laguna, el canónigo de la Diócesis, representantes del Museo Benahoarita, y hasta un geólogo que aportaba información sobre las cuevas volcánicas. Mientras escuchaba, garabateaba notas en su cuaderno: la historia se iba entretejiendo ante sus ojos, revelando matices que le darían cuerpo a su futuro reportaje.

—Hemos logrado transcribir parte del fragmento que Elena encontró en la cueva de Fuencaliente —dijo el paleógrafo, apuntando a la pantalla con el texto ampliado—. Se menciona que el “Libro

del Verbo” contenía “las verdades del cielo y de la tierra, recogidas de la sabiduría indígena de las Américas y cotejadas con las ciencias del Viejo Mundo”. Suponemos que en el siglo XVI, algún grupo de eruditos y misioneros hispánicos obtuvo este conocimiento y lo trajo aquí, a La Palma, para protegerlo.

El canónigo asintió:
—La Iglesia, o al menos algunos hombres piadosos, debieron creer que esta sabiduría podía ser peligrosa en manos de ambiciosos. Por eso formaron la Hermandad del Custodio del Verbo. Era un saber adelantado a su época, quizá mezclando aspectos científicos, botánicos, medicinales, y también un entendimiento astronómico. Podría incluir conocimientos de las culturas prehispánicas del Caribe o Mesoamérica. Lo ocultaron, fragmentaron el código y lo dispersaron por la isla, confiando en que solo los dignos lo reunirían.

El lingüista tomó la palabra:
—Hemos identificado palabras que parecen del taíno, la lengua indígena de las Antillas. Esto es fascinante. Sugiere que el código contenía información de primera mano, quizá testimonios indígenas. Quizá incluía observaciones astronómicas, ciclos de cultivos, remedios medicinales... una especie de enciclopedia sincrética.

Elena y Roberto intercambiaron una mirada cargada de asombro. Cada revelación ampliaba la magnitud del hallazgo. La Palma había sido elegida como caja fuerte de un tesoro cultural que unía el Nuevo y el Viejo Mundo. Más allá del sensacionalismo, ese conocimiento podía aportar luz a la historia de la colonización, el intercambio biocultural y la transmisión del saber en el siglo XVI.

—¿Y qué hay de la banda criminal? —interrumpió Roberto, preocupado por la seguridad—. ¿Se sabe algo más?

El inspector Ramos, presente también, respondió: —Hemos encontrado en el ordenador del criminal capturado un mapa con marcas en varios puntos de la isla. Aparecen Los Tilos, Los Llanos, El Paso, Fuencaliente, el Roque de los Muchachos y algunas otras ubicaciones. Suponemos que siguieron las mismas pistas que ustedes. Parece que buscaban el código completo, no solo fragmentos. Si lo vendieran en el mercado negro, su valor sería incalculable.

Adela asintió con gravedad: —El Cabildo ha decidido solicitar ayuda al Gobierno de Canarias y al Ministerio de Cultura. Queremos que este hallazgo sea protegido a nivel nacional. Además, pediremos refuerzos policiales. No queremos que el resto de la banda se escape.

Elena escuchaba, preguntándose qué papel le quedaba ahora a ella. Había aportado las primeras pistas, se había jugado el pellejo, y ahora las autoridades estaban asumiendo el control. Aun así, sentía que algo seguía incompleto. La cueva del Teneguía se había derrumbado, impidiendo el acceso a lo que podía ser el corazón del código. A menos que encontraran otra entrada o método, parte del conocimiento podía haberse perdido para siempre. Y, además, quedaba la sensación de que la isla misma no había revelado todos sus secretos.

Esa tarde, Acosta y Fernández recibieron a Elena y Roberto en el hospital, con el permiso de la policía. Querían agradecerles personalmente. Acosta, con el brazo vendado, sonreía con cansancio:

—Ustedes nos han salvado la vida. Creímos que nunca saldríamos de esa cueva. Nos obligaron a tratar de descifrar manuscritos incompletos.
—¿Lograron leer algo importante? —preguntó Elena, buscando piezas faltantes.
—Algunos fragmentos mencionaban una biblioteca oculta. No solo se trataba de un código, sino de varios documentos, mapas y crónicas. Al parecer, la Hermandad no escondió una sola obra, sino varias.
Fernández, con voz temblorosa, agregó:
—Lo llamaban el “Archivo del Drago.” Creemos que al menos parte de ese archivo podría estar en la Caldera de Taburiente. Se mencionaban cascadas, un barranco y la palabra “Idafe.” La Piedra del Idae es un antiguo lugar sagrado para los aborígenes benahoaritas.

Elena sintió un escalofrío. La Caldera de Taburiente, con sus barrancos y cascadas, era el corazón natural de la isla. Un enorme circo volcánico donde la vegetación y el agua danzaban un vals eterno. Y la Piedra del Idae era un monolito famoso, venerado por los benahoaritas. Si el Archivo del Drago estaba allí, el misterio no estaba resuelto, apenas habían levantado la primera capa.

—No había oído hablar de ese “Archivo del Drago” —dijo Roberto, sorprendido—. ¿Podría ser el verdadero tesoro?
Acosta asintió:
—El código puede que fuera el centro del conocimiento, pero parece que había más documentos, una colección completa. Si la Hermandad del Custodio del Verbo tuvo siglos para proteger esto, podrían haber dejado señales más sutiles. El drago no es solo un símbolo disperso por la isla, es un mapa conceptual: bosques, agua, volcanes, cielo... todos los elementos se combinan.

—La Piedra del Idae era un pilar sagrado para los benahoaritas, relacionado con el sustento del mundo —explicó Fernández—. Si el Archivo del Drago está vinculado a la sabiduría indígena y al sincretismo, tendría sentido que se escondiera en un lugar tan cargado de simbolismo.

Elena apretó su libreta contra el pecho. Sabía que debía informar a Adela y a la policía, pero un instinto periodístico le decía que, si la información se hacía demasiado pública, la banda podría adelantarse otra vez. Además, la Caldera de Taburiente era un parque nacional, con un complicado relieve. Habría que organizar una expedición con expertos, muy discretamente.

—Hablaemos con el Cabildo y la policía. Con su permiso, citaré la información que nos han dado —dijo Elena, con determinación.
Acosta y Fernández estuvieron de acuerdo, deseando que el conocimiento se recuperara correctamente.

Esa noche, al regresar a la casa de huéspedes, Elena compartió con Roberto su inquietud:
—La Caldera es un territorio extenso. ¿Cómo encontrar un archivo oculto allí? Hay barrancos como el de Las Angustias, cascadas, senderos empinados. Y la Piedra del Idae es un monumento natural muy famoso. Las pistas deben ser sutiles.
—Contamos con ayuda. El Cabildo podría facilitar guías expertos, y la policía apostará por la discreción. Además, tenemos a Roberto, el guía que te ayudó al inicio... ah, espera, soy yo —bromeó, intentando aligerar el ambiente.
Elena sonrió, agradecida por su humor.
—Sí, no lo olvides. Tú conoces la isla mejor que nadie. Y podremos contar con el arqueólogo Acosta cuando se recupere un poco, y con Fernández. El inspector Ramos querrá vigilancia. Adela sin duda estará interesada.

Al día siguiente, Elena se reunió con Adela y el inspector. Les transmitió la nueva información sobre el “Archivo del Drago” y la referencia a la Caldera de Taburiente y la Piedra del Idafe. La reacción no se hizo esperar.

—Esto va a ser delicado —dijo Adela, frunciendo el ceño—. La Caldera es un parque nacional muy protegido. No podemos entrar con un operativo policial ruidoso. Además, la banda podría tener espías. Debemos actuar con sigilo. El inspector Ramos asintió: —Organizaremos un grupo reducido. Sin uniformes llamativos. Técnicos del Cabildo, uno o dos policías de paisano, ustedes, un guía... Buscaremos señales en la zona. Eso sí, a primera hora, antes de que lleguen turistas.

La expedición se preparó para el día siguiente. Elena, Roberto, Adela, el inspector Ramos y un guardaparques local llamado Ismael partirían hacia la Caldera. Llevarían material básico: linternas, cuerdas, GPS, mapas antiguos y un escáner geológico portátil prestado por el geólogo que colaboraba con la policía. Sería una misión de reconocimiento: si encontraban indicios, volverían con más personal especializado.

Esa madrugada, con las primeras luces del alba, el grupo se adentró en la Caldera de Taburiente. El Parque era un anfiteatro natural gigantesco, con paredes escarpadas y bosques de pinos canarios, barrancos profundos, arroyos cristalinos y cascadas. El canto de las aves y el murmullo del agua creaban una atmósfera sagrada. Según las crónicas, los benahoaritas consideraban este lugar el corazón espiritual de la isla.

Caminaron en silencio, atentos a cualquier símbolo. Adela llevaba copias de petroglifos ya conocidos, el inspector se mantenía en alerta por si alguien los seguía, e Ismael guiaba con soltura por senderos poco transitados. Roberto y Elena avanzaban juntos, intercambiando impresiones. En algunos puntos, el bosque de laurisilva todavía se abría paso, con helechos gigantes y musgos centenarios. Era como viajar en el tiempo.

Pronto llegaron a la Piedra del Idafe, un monolito de piedra volcánica con forma de columna inclinada. Antiguamente, los benahoaritas creían que sostenía el cielo, y si la piedra caía, el mundo se desmoronaría. Elena contempló la roca con respeto. ¿Ocultaría algún signo?

Ismael pasó la mano por la superficie. —Miren aquí. Hay incisiones antiguas, algunas ya documentadas. Pero... esto parece nuevo —dijo, apuntando con la linterna a un pequeño drago tallado, casi imperceptible, oculto tras un musgo.

Elena sintió el pulso acelerar. —Otro drago. ¿Y hay algo más?

Adela apartó con cuidado el musgo. Junto al drago, grabadas en la roca, unas líneas curvas que recordaban el cauce de un arroyo y una estrella. Bajo ellas, las letras “A.D.” —A.D... ¿Archivo del Drago? —aventuró Elena.

—Podría ser —asintió Adela, con los ojos brillando—. Las líneas curvas podrían indicar un lugar junto a un cauce de agua, o una cascada. Aquí en la Caldera hay varias cascadas famosas, como la Cascada de la Desfondada, la Cascada de Colores... Roberto intervino:

—La Cascada de Colores es famosa por sus tonos rojizos y ocre, producidos por minerales en la roca. Ya hablamos de la sangre del drago y colores rojizos. Quizá sea allí.

El inspector Ramos revisó el mapa.
—La Cascada de Colores no está lejos. Podemos llegar en una hora si avanzamos sin pausa. Pero debemos tener cuidado. Si la banda sospecha, podrían haber dejado trampas.
—No queda otra —dijo Elena—. Debemos intentarlo.

El grupo prosiguió la marcha. El sendero los llevó por el Barranco de las Angustias, entre riscos imponentes. Escuchaban el rumor del agua correr entre las piedras. La humedad en el ambiente era palpable, y la vegetación exuberante. Poco a poco, el paisaje se tornaba más agreste.

Finalmente, alcanzaron la Cascada de Colores. Un salto de agua pequeño, pero sorprendente, cuyas rocas estaban teñidas de amarillos, naranjas y rojos debido a los minerales del agua ferruginosa. Un espectáculo natural que, en circunstancias normales, admirarían con calma. Pero ahora lo observaban con ojos de detectives, buscando señales ocultas.

Elena, apuntando con su cámara, notó un saliente rocoso tras la cascada, una especie de oquedad oscura.
—¿Podemos pasar detrás de la cascada? —preguntó.
Ismael evaluó el terreno. Había que mojarse los pies y encaramarse a unas piedras, pero no parecía imposible. Roberto y el inspector Ramos fueron delante. Al alumbrar con las linternas, vieron que tras la cortina de agua había una pequeña gruta.

Se adentraron. La roca estaba húmeda, resbaladiza. Dentro, una cámara de unos pocos metros, con estalagmitas de minerales ferruginosos. Allí, en la pared del fondo, alguien había incrustado una placa de piedra pulida, con inscripciones muy antiguas. El tiempo la había dañado, pero el drago volvía a aparecer, tallado con maestría, rodeado de signos astronómicos y geometrías desconocidas.

—Esto es... increíble —susurró Adela, maravillada—. Debe ser parte del Archivo del Drago. El inspector pasó el escáner portátil por la roca. No detectó cavidades detrás, pero sí oquedades en el suelo. Ismael rastreó con cuidado. Sacaron algunas piedras sueltas. Debajo de ellas, hallaron un cajón de madera petrificada, sellado. La madera estaba tan endurecida que parecía roca.

—Debe tener siglos —dijo Roberto asombrado.

Con cuidado, usando herramientas suaves, removieron el cajón. Al abrirlo, encontraron láminas de corteza y pergamino envueltas en una tela alquitranada. Era un pequeño archivo, con caracteres en distintas lenguas, dibujos de plantas, constelaciones, mapas esquemáticos de islas y costas. A simple vista, no podían descifrar todo, pero era evidente su antigüedad y su relevancia.

Elena se llenó de emoción. Aquello no era solo un fragmento: era un testimonio de un intercambio cultural olvidado, una pieza del puzzle que confirmaba la existencia del Archivo del Drago. Ahora podían presumir que el código mayor y otros documentos estaban dispersos en varios puntos de la isla. La cueva volcánica colapsada tal vez guardara otra parte, pero esta hallada en la cascada era un salvavidas de conocimiento.

—Llévenlo con cuidado —ordenó el inspector Ramos—. No queremos dañarlo. Lo llevaremos al laboratorio del Cabildo para su análisis. Y no digan nada a la prensa aún. Tenemos que evitar que la banda lo sepa.

Elena asintió. Sabía que debía obedecer, pero su corazón de periodista gritaba por contar esta historia. Si la banda supiera que habían recuperado parte del archivo, sin duda intentarían arrebatárselo. De momento, silencio.

Salieron con la caja envuelta en una lona, intentando no llamar la atención al regresar. Afortunadamente, nadie los siguió. Al llegar de nuevo a la sede del Cabildo, la sorpresa y la alegría fueron enormes. Adela convocó a los expertos inmediatamente. El arqueólogo Acosta, con permiso médico, acudió en muletas. Fernández llegó también, más repuesta. Todos miraban con devoción el cajón hallado tras la Cascada de Colores.

En los días siguientes, la policía intensificó su búsqueda de la banda. Con la colaboración de la Guardia Civil y las autoridades portuarias, vigilaban los aeropuertos y puertos de la isla. Querían atrapar a los criminales antes de que huyeran con cualquier información.

Mientras tanto, los expertos comenzaron la labor de abrir, secar y proteger los documentos del cajón. Era un trabajo minucioso, con guantes, ambientes controlados, fotografiando cada centímetro. Elena observaba desde atrás, tomando notas. Sabía que aquel momento sería el clímax de su reportaje. No solo habían descubierto un archivo secreto, sino que demostraban la compleja historia de intercambios culturales que la isla había protegido durante siglos.

Entre las láminas, encontraron esquemas de plantas con propiedades medicinales descritas por indígenas americanos, mezcladas con anotaciones de frailes españoles. Había mapas celestes, comparación de calendarios, referencias a una ciencia híbrida, ni totalmente europea ni totalmente indígena, sino algo nuevo. Y aparecían símbolos de dragos en casi todas las páginas, como un sello distintivo de la Hermandad del Custodio del Verbo.

Al cuarto día de análisis, Adela citó a Elena y Roberto en privado. —Gracias a su ayuda, hemos recuperado un fragmento del Archivo del Drago. No sabemos si es todo, probablemente no. Pero es un hallazgo monumental. Se lo diremos a la prensa dentro de unas semanas, cuando lo hayamos catalogado mejor. Quiero ofrecerles reconocimiento público. Su papel ha sido clave. Elena se emocionó. Ser reconocida por las autoridades locales y participar en la recuperación de un legado histórico era más de lo que podía haber soñado.

Roberto sonrió, inclinando la cabeza: —No lo hicimos solos. Sin el coraje de Elena, yo no estaría aquí. Sin el esfuerzo de la policía, del Cabildo, de Acosta, Fernández, Adela y todos ustedes, no lo habríamos logrado. Esta es una victoria colectiva.

Adela asintió, satisfecha. —La isla es quien gana. Su historia y su patrimonio cultural se enriquecen. En cuanto a la banda, el inspector Ramos me dijo que han capturado a otros dos miembros en el puerto de Tzacorte. Estaban intentando fletar una lancha rápida. Han incautado equipos y papeles. Tal vez descubramos dónde más buscar. No pararemos hasta desarticularlos.

Esa noche, Elena y Roberto fueron a cenar a una pequeña tasca del casco histórico de Santa Cruz. Bebieron un vino palmero con denominación de origen, saborearon queso asado con mojo y miel de palma. Afuera, la luna iluminaba los balcones de madera, las calles empedradas, y el Atlántico murmurando al otro lado de la Avenida Marítima.

—¿Recuerdas cuando llegaste, buscando una historia? —preguntó Roberto, riendo suavemente—. Te has metido en la mayor aventura de tu vida.

—No lo imaginas. Vine tras un rumor y encontré un siglo XVI palpitante bajo la piel de la isla, cofradías secretas, códices perdidos, traficantes, cuevas volcánicas... y, además, he conocido a gente maravillosa.

—¿Te quedarás más tiempo? —inquirió Roberto.

—Quiero ver esto terminado. Además, tengo que escribir. Mi editor querrá todo el material. Pero no sé si podré contarle todo aún. Hay que ser prudente. Cuando el Cabildo y la policía den luz verde, saldrá una gran crónica. Hasta entonces, disfrutaré de la isla.

—Puedo guiarte por nuevos senderos, mostrártela sin prisa —dijo Roberto, apoyando la mano sobre la de Elena. Ella no se apartó.

—Me encantaría. Cada rincón de La Palma tiene una historia. Y siento que el drago, ese árbol que nos ha guiado a través del misterio, seguirá floreciendo en mis recuerdos.

Elena bebió otro sorbo de vino. Sintió una paz infinita. El suspense y la intriga habían sido intensos, la acción trepidante, las emociones profundas, y ahora llegaba el momento de asimilarlo todo. La isla había desplegado ante ella sus tradiciones, sus lugares sagrados, su gastronomía, su historia oculta entre bosques de laurisilva, volcanes, viñedos y santuarios.

Quedaban incógnitas: ¿El Archivo del Drago estaba completo? ¿Se podría acceder algún día a la cueva colapsada en Fuencaliente? ¿Qué otros fragmentos del código y documentos habría por descubrir? Pero ya no eran misterios angustiantes, sino horizontes de investigación para el futuro, posibles descubrimientos que llegarían con tiempo, método y cooperación.

Al despedirse esa noche, la brisa marítima acarició su rostro. Elena elevó la mirada a las estrellas. Pensó en las culturas indígenas que miraron el mismo cielo siglos atrás, en los frailes y misioneros que trajeron sus saberes en secreto, en la cofradía que, inspirada por el drago, protegió el conocimiento. Todo confluía en este presente, en su corazón, en las páginas que escribiría.

La sombra del drago ya no era una amenaza o un enigma incomprensible; se había vuelto una guía, un símbolo de la identidad viva de La Palma, un puente entre mundos. Y mientras la isla dormía envuelta en el rumor del Atlántico, Elena sonrió, consciente de que su vida había cambiado para siempre.

Capítulo 7: El Guardián de las Nubes

La luz del amanecer se desplegaba sobre el horizonte de La Palma, tiñendo de dorado las laderas volcánicas y las copas de los pinos canarios. Elena despertó en la habitación tranquila de la casa de huéspedes, con la conciencia liviana y una extraña sensación de plenitud. A pesar de las tensiones, las amenazas y las intrigas vividas, sentía que algo profundo se había asentado en su interior: la certeza de haber participado en un hecho histórico, en un renacimiento del pasado en el presente.

Cuando bajó a la cocina común, encontró a Roberto preparando café. Él se giró y le dedicó una sonrisa cálida.

—¿Dormiste bien? —preguntó mientras le ofrecía una taza.

—Como un tronco —respondió Elena, sonriente—. ¿Hay noticias nuevas?

—Todavía no. Pero el inspector Ramos me envió un mensaje anoche. Han localizado a algunos cómplices de la banda en Tenerife, y creen que el grupo se está desarticulando. También se ha sabido que el criminal herido habló un poco. Confirmó que buscaban el código para venderlo a coleccionistas privados del extranjero.

Elena asintió, saboreando el café, que tenía un aroma intenso. Se alegraba de que la policía estuviera controlando la situación. Ahora quedaba la tarea más larga y delicada: descifrar el contenido del Archivo del Drago, restaurar los manuscritos y, con el tiempo, hacerlos públicos.

—Adela quiere que participemos en la comisión para planificar la divulgación —dijo Roberto—. No podremos mostrar todo de golpe; necesita tiempo, investigación y la autorización de varias instituciones. Pero creo que tu papel como periodista será clave. —Eso significa mucho para mí —comentó Elena, conmovida—. No se trata de publicar una exclusiva sensacionalista, sino de contar esta historia con rigor y respeto.

Salieron a pasear por las calles de Santa Cruz antes de la reunión. La ciudad se despertaba con el murmullo de cafeterías abriendo, vecinos charlando y el mar brillando tras la avenida. Elena contemplaba los balcones de madera, las fachadas coloridas, la mezcla de lo antiguo y lo moderno. Entendía ahora que la isla no era sólo un escenario: era protagonista de su propia historia.

Esa mañana, la reunión en el Cabildo tuvo un aire distinto. Ya no era un encuentro de emergencia, sino de planificación. Adela González presidía la mesa, con el arqueólogo Acosta, la estudiante Fernández, el inspector Ramos, un par de historiadores, el paleógrafo, el lingüista, y también Elena y Roberto. Había una atmósfera de labor tranquila, aunque cargada de posibilidades.

—Hemos examinado parte de las láminas del Archivo del Drago —anunció Adela—. Contienen descripciones de plantas con propiedades curativas, mapas esquemáticos de rutas marítimas, referencias a constelaciones... Una mezcla inusitada. Hay indicios de que el código principal, el llamado Libro del Verbo, sería un compendio aún más amplio, organizado por secciones temáticas: Astronomía, Botánica, Medicina, Navegación, Cosmología. El paleógrafo añadió:

—La caligrafía y las ilustraciones parecen de distintas manos. No es obra de una sola persona, sino de una compilación colectiva. Los fragmentos taínos sugieren la participación directa de sabios indígenas, y las anotaciones en latín y castellano antiguo apuntan a misioneros eruditos. Esto es un ejemplo de sincretismo cultural temprano, algo muy valioso para la historia del Atlántico.

Acosta, con el brazo en cabestrillo, intervino: —Tenemos, por lo tanto, un legado científico-cultural de gran importancia. Su valor no reside en un supuesto “tesoro” material, sino en el conocimiento que encierra. Este hallazgo cambiará la percepción sobre la colonización: no fue sólo una imposición, sino también una transmisión y mezcla de saberes, a veces protegidos en las sombras.

Fernández, algo más recuperada, sonrió con timidez: —Imaginen lo que significará para los historiadores del futuro, para los etnógrafos, los antropólogos. Podremos reconstruir redes de intercambio intelectual entre Europa y América en el siglo XVI. Hasta quizás encontremos referencias a remedios botánicos desconocidos hoy.

El inspector Ramos, más práctico, aclaró: —Nosotros seguiremos la pista a la banda. Queremos asegurarnos de que no quede ningún cabecilla en la isla. Pero gracias a la información recuperada y a su fracaso en la cueva, parece que se han quedado sin esperanza de obtener el código completo. Además, con la prensa

controlada por ahora, no hay incentivos para que otros grupos criminales aparezcan. Adela miró a Elena: —Sobre la prensa... Hemos decidido preparar un comunicado oficial, cuando lo tengamos todo más claro. Nos gustaría que nos ayudes a redactarlo, Elena. Un texto cuidadoso, equilibrado, sin revelar detalles muy sensibles, pero dando a entender que se ha producido un hallazgo importante. Algo que defienda el patrimonio canario y despierte interés científico.

Elena se sintió honrada. —Será un placer. Puedo trabajar en un borrador. Entiendo la necesidad de discreción. Antes de publicar mi reportaje personal, quiero que todo esté en orden y con el aval del Cabildo.

La conversación continuó con detalles técnicos, planes de conservación, búsqueda de fondos para restauración y estudios interdisciplinarios. Roberto escuchaba con admiración. Elena pensó en la evolución de la historia: de la intriga y el suspense a esta fase de reconstrucción cooperativa. Como si el terror de las cuevas y las persecuciones hubiera dado paso a una sinfonía de saber compartido.

Días más tarde, Elena y Roberto decidieron tomarse un descanso de la vorágine. Habían pasado semanas intensas y necesitaban respirar. Ya no estaban bajo amenaza directa, y la policía patrullaba discretamente. Adela les había dicho que el Cabildo tardaría algunas semanas en anunciar nada, para dar tiempo a más análisis. Mientras tanto, nada impedía que disfrutaran de la isla.

—¿Qué te parece si visitamos el norte? —propuso Roberto—. Allí la isla es más verde, con bosques de laurisilva, acantilados escarpados, pequeñas aldeas agrícolas. Podríamos ir a Los Tilos otra vez, pero con tranquilidad. —Sería perfecto. Me debo un paseo relajado por la isla. Esta vez sin carreras, sin misterios amenazantes —dijo Elena, con una sonrisa.

Tomaron el coche y emprendieron la ruta hacia el norte. Conducir por La Palma era una experiencia sensorial: subidas y bajadas, curvas interminables, vistas al Atlántico y al Teide de Tenerife a lo lejos, si las nubes lo permitían. Pasaron por San Andrés y Sauces, con sus plataneras en terrazas, y se adentraron en el Bosque de Los Tilos, uno de los últimos relictos de la antigua laurisilva macaronésica.

Aparcaron y comenzaron una caminata por el sendero principal. Esta vez, sin prisas, sin temor. La vegetación era exuberante: laureles, viñátigos, helechos gigantes, musgos colgando de las ramas. La humedad del ambiente, el canto de aves invisibles, el murmullo del agua en un pequeño arroyo... Todo invitaba a la contemplación.

—Aquí empezó todo para nosotros —musitó Elena, recordando su primer encuentro con Roberto y el grafiti del drago. —Sí, y mira cómo hemos llegado hasta aquí. Hemos descubierto un archivo secreto, salvado a dos personas, desactivado una banda criminal... y aprendido el valor de la cooperación —respondió él, deteniéndose para observar una mariposa posada en una hoja. —También descubrí a un gran compañero —añadió ella, mirándolo con afecto.

Roberto sonrió. Aquella experiencia los había unido de una forma que iba más allá de las palabras. Entre la adrenalina y la intriga, había emergido una complicidad silenciosa. Ahora, en la paz del bosque, podían saborear esa cercanía sin premuras.

Siguieron avanzando, internándose en la espesura. De vez en cuando, un claro dejaba filtrar la luz del sol, creando un mosaico de luces y sombras sobre la vegetación. Elena reflexionó sobre la isla: una metáfora de lo que habían vivido. La Palma era una tierra de contrastes: el fuego volcánico y el frescor de la laurisilva, la tradición y la modernidad, el silencio y el canto del agua. El Códice del Verbo y el Archivo del Drago, ocultos durante siglos, eran un capítulo más en su larga historia.

Mientras bordeaban un barranquillo, encontraron un pequeño mirador natural desde el cual se veía el Valle de San Andrés y el océano más allá. Se sentaron en una roca. Elena sacó su cuaderno. Quería anotar sensaciones, no datos fríos, sino impresiones de aquel momento. Describió el aire húmedo, el aroma vegetal, el crujir de ramas, la serenidad que sentía. Pensaba en cómo su futura crónica debería transmitir no sólo los hechos, sino el espíritu de la isla.

—¿En qué piensas? —preguntó Roberto, acariciando una hoja.
—En cómo contaré esta historia. ¿Cómo narrar la lucha por el conocimiento, la mezcla de culturas, sin caer en un discurso simplista? Quiero transmitir que este hallazgo no es un trofeo, sino una responsabilidad.
—Sé que encontrarás las palabras adecuadas. Tienes una sensibilidad especial. Cada vez que hablas de la isla y su historia, tu voz cambia —dijo él, con sinceridad.

Elena sonrió y guardó su cuaderno. Juntos, continuaron el paseo. El tiempo transcurría sin que se dieran cuenta, en un equilibrio perfecto. Esa armonía contrastaba con las tensiones pasadas. Ahora comprendía que la vida era así, un vaivén entre la tempestad y la calma, y que la isla era una maestra en mostrar las diferentes caras de la existencia.

Cuando regresaron al coche, habían pasado varias horas. El sol estaba más bajo. Decidieron detenerse en una tasca local para comer algo ligero. El queso palmero, el mojo, el gofio, todo formaba parte del sabor auténtico de la isla. Conversaron con el tabernero, quien, ajeno a todo el misterio vivido, les habló de la cosecha de aguacates y de las últimas lluvias. Aquella normalidad cotidiana era un bálsamo.

Al día siguiente, de vuelta en Santa Cruz, Adela llamó a Elena. Quería que revisaran el borrador del comunicado oficial. Se reunieron en una pequeña sala del Cabildo. Sobre la mesa, hojas impresas y notas a mano.

—Hemos escrito algo general —explicó Adela—. No menciona la banda criminal ni la violencia. Habla de un “hallazgo documental significativo para la historia de la isla y el intercambio cultural atlántico”. Queremos mencionar la cooperación interinstitucional, el rol de la policía, y el proceso de estudio científico que se abre.
Elena leyó el texto con atención. Era prudente y correcto, pero tal vez demasiado formal.
—¿Qué tal si añadimos un párrafo que destaque el valor simbólico del hallazgo? Algo que diga que estos documentos nos recuerdan que La Palma ha sido, desde antiguo, un cruce de caminos culturales, y que su identidad se ha forjado con aportes de diferentes pueblos.
Adela asintió, tomando notas:
—Me gusta. Añadamos un tono más humano. Sin caer en la sensiblería, pero transmitiendo que esto es más que un mero documento antiguo.

Juntas pulieron el texto. Al finalizar, Adela leyó en voz alta el párrafo: “Este hallazgo nos invita a comprender La Palma como un lugar de encuentro y aprendizaje

mutuo, donde el saber indígena y europeo se entrelazaron hace siglos, dejando un legado que ahora comenzamos a redescubrir. La isla, con su riqueza natural y cultural, sigue ofreciéndonos claves para entender el pasado y encarar el futuro con mayor conocimiento y respeto.”

Elena sonrió, satisfecha. Aquellas palabras sintetizaban el espíritu de todo el proceso. Adela dio su aprobación.

—Cuando llegue el momento oportuno, distribuiremos este comunicado a la prensa. Y tú, Elena, podrás preparar tu reportaje. Lógicamente, sabrás mucho más que el público general, pero sé que tendrás la delicadeza de no revelar los detalles más sensibles.
—Cumpliré con mi palabra —dijo Elena con solemnidad.

Los días siguientes transcurrieron entre avances en las investigaciones, visitas al hospital para ver cómo seguían Acosta y Fernández (cada vez mejor), y encuentros ocasionales con el inspector Ramos, quien les confirmaba el progresivo desmantelamiento de la banda.

Elena dedicó las mañanas a escribir borradores en su portátil, intentando dar forma a su gran crónica. Sabía que tendría que esperar antes de publicarla, pero quería tener una primera versión. Comenzó por el principio: su llegada a La Palma, los rumores, el grafiti del drago, el encuentro con Roberto. Describió la evolución de la trama, la tensión, las pistas ocultas en lugares emblemáticos de la isla. Pero se dio cuenta de que faltaba algo: la voz de la isla, su esencia. Decidió intercalar descripciones del paisaje, las tradiciones, la música, la gastronomía, las fiestas populares. Quería que el lector entendiera que la intriga no podía separarse del contexto cultural que la arropaba.

En las tardes, Roberto la llevaba a distintos rincones. Visitaron El Paso y su Museo de la Seda, esta vez sin prisas. Contemplaron las manos pacientes de las artesanas hilando y tejiendo. Subieron a la cumbre del Roque de los Muchachos, donde la observación astronómica unía pasado y presente. Hablaron con astrónomos que no sabían nada de códigos perdidos, pero que les contaron con pasión cómo las estrellas iluminaban las noches limpias de la isla.

En la costa de Fuencaliente, observaron el faro y las salinas, recordando la tensión de la persecución, pero ahora admirando la belleza del paisaje con otro ánimo. Incluso se atrevieron a probar parapente en la Montaña de la Breña, experimentando la libertad de volar sobre el verdor y el azul profundo del mar.

Cada experiencia enriquecía el relato que Elena guardaba en su mente. Entendía que el hallazgo del Archivo del Drago no era un suceso aislado, sino el resultado natural de la confluencia de geografías, culturas y tiempos que convergían en La Palma. Y comprendía que contar esta historia implicaba honrar el esfuerzo de todos los que la habían hecho posible: la cofradía antigua que ocultó el saber, los arqueólogos e historiadores que buscaban sin rendirse, la policía que protegía el patrimonio, el Cabildo que lo custodiaba, y los amigos y cómplices de aventuras que había encontrado en el camino.

Una tarde, mientras paseaban por la playa de Los Cancajos, el inspector Ramos los llamó por teléfono. Su voz sonaba animada.

—Hemos capturado al cabecilla de la banda en Tenerife. Era un traficante internacional con contactos en Europa y América. Confesó que supieron del Código del Verbo por rumores antiguos

y fragmentos comprados a coleccionistas inescrupulosos. Esperaban hallar el archivo completo aquí. Están todos detenidos o fichados. Pueden estar tranquilos. —¡Excelente noticia! —exclamó Roberto, aliviado. Elena también sintió una gran satisfacción. La amenaza quedaba atrás definitivamente.

Después de colgar, se sentaron en la arena negra volcánica a contemplar las olas. Elena alzó la vista al cielo, que comenzaba a dorarse con la luz del ocaso. Pensó en las culturas que habían navegado ese Atlántico, en los manuscritos traídos en secreto hace siglos. Era poético que ese conocimiento se hubiera guardado tanto tiempo y ahora saliera a la luz en un momento histórico en que valorar el patrimonio cultural y biológico era más urgente que nunca.

—Elena, ¿te quedas un tiempo más en la isla? —preguntó Roberto con cierta timidez.
—Sí, quiero quedarme unas semanas más. Ayudaré con el comunicado, puliré mi crónica. Además... todavía no hemos visto todos los rincones. Y me gustaría estar aquí cuando den a conocer públicamente el hallazgo. Quiero presenciar ese momento histórico.
—Me alegra oír eso —dijo él, sonriendo.

La conversación fluyó hacia planes tranquilos: visitar más senderos, probar más vinos locales, leer juntos algunas traducciones parciales del archivo que estaban apareciendo día a día. El Cabildo informaba con cautela, pero cada pequeña revelación era emocionante: una planta con propiedades desconocidas, una referencia a un eclipse observado desde La Palma en el siglo XVI, una receta medicinal combinando hierbas canarias y caribeñas. Cada hallazgo confirmaba la riqueza del conjunto.

Elena pensó en el título de su futuro reportaje o libro. Quizá “La Sombra del Drago” seguiría siendo el mejor título, como un homenaje a la primera pista que la guiara en esta odisea. Pero ahora esa sombra ya no le parecía oscura y amenazante, sino protectora. La sombra del drago simbolizaba la salvaguarda del conocimiento, la sombra benéfica que cuidó esos documentos durante siglos, esperando el momento adecuado para ser redescubiertos.

Mientras el sol se ocultaba tras el azul infinito del océano, Elena sintió que la isla la abrazaba. Había llegado buscando una noticia, y encontraba algo más profundo: una lección sobre la complejidad de la historia, la importancia de la diversidad cultural, el valor de la colaboración frente a la codicia, y la conexión íntima entre el ser humano y su entorno natural.

Esa noche, al volver a la casa de huéspedes, se sentó ante el portátil, abrió su borrador y escribió las palabras finales de su crónica:

“Al fin comprendí que la historia del Archivo del Drago no es sólo la de un descubrimiento arqueológico o documental. Es la historia del diálogo entre mundos lejanos, del esfuerzo por proteger un legado inmaterial, de la capacidad de la humanidad para tejer puentes sobre el tiempo y el espacio. La Palma, esta isla multicolor y multiforme, fue el cofre perfecto para guardar ese tesoro. Aquí, entre bosques de laurisilva, volcanes antiguos, vides tenaces y estrellas fulgurantes, el conocimiento viajero encontró refugio. Y hoy, siglos después, nos habla con una voz que resuena en las ramas del drago, en la piedra del Idafe, en la cascada oculta tras los colores, recordándonos que el pasado puede iluminarnos el presente y empujarnos hacia un futuro más sabio.”

Guardó el archivo y miró a Roberto, que leía un mapa tumbado en el sofá cercano. Sonrió en silencio. La vida, pensó, era un viaje insólito. Y en La Palma, había encontrado un puerto seguro para celebrarlo.

Capítulo 8: El Rumor de las Estrellas

La noche en La Palma descendía lenta, suave como un manto de seda, mientras las farolas de Santa Cruz iluminaban discretamente la calle empedrada frente a la casa de huéspedes. Elena había cerrado su portátil tras concluir su primer gran borrador, satisfecha con el tono y el cuidado de su crónica. Allí, en sus páginas digitales, descansaba la esencia de lo vivido, aunque aún no podría publicarla. Sabía que el Cabildo y las autoridades necesitaban tiempo para preparar el anuncio oficial del hallazgo del Archivo del Drago y los fragmentos del Código del Verbo. Aun así, ella ya se sentía parte de ese inmenso tapiz histórico.

Esa noche, con una brisa tibia acariciando las ventanas, decidió salir a dar una vuelta por el casco antiguo. Bajó las escaleras de madera crujiente, saludó a la dueña de la casa de huéspedes, quien tejía en un sillón, y se internó en la callejuela iluminada por la luna. La ciudad dormía con un susurro tranquilo, ajena a la epopeya que se desenvolvía en sus entrañas culturales.

Caminó sin rumbo, recordando sus primeras horas en la isla: el desconcierto, la incertidumbre, el rumor de una historia invisiblemente anclada en el pasado. Ahora, en cambio, sentía que La Palma le había hablado, revelándole su rostro más íntimo. Las calles se llenaban de un significado especial: cada balcón, cada piedra, cada iglesia reflejaba el espíritu sincrético, la mezcla de tradiciones, la memoria viva que inspiró a la Hermandad del Custodio del Verbo a esconder su tesoro.

Llegó a la Plaza de España y se sentó en un banco. Allí, un par de gatos merodeaban en busca de algo de comer, y una pareja de turistas jóvenes consultaba un mapa, ajenos a la trama secreta de la isla. Elena sonrió con cierta complicidad, sabiendo que, algún día, cuando la noticia fuera pública, tal vez esos mismos turistas podrían leer su crónica y comprender que bajo los adoquines dormían historias legendarias.

Su teléfono vibró con un mensaje de Roberto: *“¿Te apetece subir mañana al Roque de los Muchachos a ver las estrellas? Hoy han dicho que habrá unas condiciones magníficas. Podemos ir con mi coche en la tarde y quedarnos hasta la medianoche. Llévate algo de abrigo.”*

Elena suspiró contenta. Era una invitación perfecta, no sólo para celebrar que ya no había peligro, sino para enlazar con el símbolo astronómico presente en el Código del Verbo. La contemplación del cielo era un lazo entre el pasado y el presente, entre los sabios indígenas y europeos, y los astrónomos actuales.

Respondió afirmativamente con entusiasmo. Decidió regresar a descansar, pues el día siguiente prometía una experiencia inolvidable.

A la tarde siguiente, Roberto pasó a buscarla en el todoterreno. Vestía una chaqueta ligera, pantalones cómodos y llevaba mantas en el maletero. Ella se había preparado con una sudadera gruesa y una botella de agua. Salieron de Santa Cruz y tomaron la carretera que serpenteaba hacia las alturas del Roque de los Muchachos.

La conversación durante el trayecto fue pausada, como si la armonía de la isla se hubiera trasladado a sus voces. Roberto contó algunas anécdotas de su infancia en La Palma, cómo su padre lo llevaba a pescar y a observar las estrellas desde pequeños miradores improvisados. Elena compartió su niñez en una ciudad de la península, el contraste de su vida urbana con este

renacer en un entorno tan natural. La carretera ascendía, y con ella, la sensación de entrar en otro mundo.

Llegaron a la cima cuando el sol apenas se había ocultado. El cielo presentaba un degradado de colores, desde el naranja en el horizonte hasta el azul profundo overhead. Aparcaron cerca del área de los telescopios, en un lugar permitido para visitantes nocturnos. Había algunos pocos coches: seguramente un par de astrónomos aficionados, algunos turistas bien informados y algún experto que pasaba la noche trabajando.

A medida que la noche envolvía el paisaje, las cúpulas blancas de los observatorios adquirían un aura futurista, como naves espaciales varadas en la cumbre de un mundo volcánico. La vista sobre la Caldera de Taburiente era sobrecogedora, con un mar de nubes a sus pies. Elena comprendió por qué el Roque era tan especial: allí, uno podía flotar entre dos océanos, el de nubes y el de estrellas.

—Los guanches y benahoaritas debieron tener sus propias interpretaciones del cielo —dijo Elena, observando el primer destello de una estrella—. Y los custodios del Verbo conectaron con esos saberes.

—Seguro que sí —asintió Roberto—. El Códice del Verbo mencionaba constelaciones. Imagino a frailes y sabios indígenas discutiendo bajo el mismo firmamento que vemos ahora. Quizá reconocían estrellas que simbolizaban dragos, montañas o caminos sobre el mar.

Se instalaron en un rincón resguardado del viento. Roberto extendió una manta en el suelo, y se sentaron con las espaldas contra una roca. La temperatura caía con rapidez, obligándolos a abrigarse. Elena se dejó envolver por la penumbra: a su alrededor, las estrellas se multiplicaban, cientos, miles, un río luminoso derramándose sobre sus cabezas.

La Vía Láctea era una franja plateada que cortaba el firmamento, y las constelaciones brillaban con nitidez. Sin contaminación lumínica significativa, la bóveda celeste se mostraba tal como la vieron los antiguos. Elena recordó que en el pergamino hallado tras la Cascada de Colores había referencias a ciclos estelares y eclipses. Se preguntó si esas notas astronómicas fueron clave para sincronizar conocimientos de navegación o agricultura.

—¿Ves esa línea de estrellas allí? —señaló Roberto, indicando un grupo brillante—. Son parte de la constelación del Cisne. Los antiguos marinos la usaban para orientarse. Imagino que quienes trajeron el código desde las Américas también navegaron guiándose por las estrellas. —La unión del cielo y el mar —murmuró Elena—. El conocimiento no se mueve en línea recta, sino que va y viene, como las olas, con las estrellas como puntos de referencia.

Cayeron en un silencio cómplice, contemplando el inmenso mapa estelar. Bajo esa danza cósmica, la intriga que habían vivido parecía ahora un capítulo en una historia más grande, la de la humanidad explorando su entorno. El peligro y el suspense habían dado paso a una paz reflexiva.

Pasó una hora, luego dos. Algunos visitantes se marcharon, otros llegaron en silencio, armando cámaras con teleobjetivos para fotografiar la Vía Láctea. De vez en cuando, un murmullo se alzaba cuando alguien divisaba una estrella fugaz. Elena apoyó la cabeza en el hombro de Roberto sin hablar, sintiéndose en casa en aquel confín del mundo.

—¿Sabes lo que más me emociona? —dijo ella, al fin—. Que dentro de unos meses, cuando todo se haga público, la gente sabrá que La Palma no sólo es paisaje y turismo, sino también un cofre de historias que unen continentes. Y nosotros habremos sido testigos privilegiados.

—Sí. Seremos testigos y narradores. Tú, con tu crónica, y yo... bueno, yo contaré anécdotas a quien quiera escucharlas. Me gusta pensar que este conocimiento volverá a circular, esta vez de forma abierta, sin cofradías secretas ni traficantes.
—La isla lo merece. Merece que su historia sea contada con honestidad y cariño.

En ese momento, una estrella fugaz cruzó el cielo, dejando un trazo luminoso. Elena cerró los ojos y pidió un deseo: que el legado del Archivo del Drago inspirara a las personas a valorar la diversidad cultural, la colaboración y el respeto por la naturaleza. Que ese saber no fuera usado con fines mezquinos, sino para comprender mejor quiénes somos.

Cuando abrieron los ojos, la estrella se había desvanecido, pero la sensación de maravilla permanecía.

—Quizá deberíamos volver —sugirió Roberto, al ver que la medianoche se acercaba y el aire era cada vez más frío—. Mañana tenemos la reunión con Adela y los expertos para revisar nuevos datos.

—Es verdad —dijo Elena, no sin cierta pereza—. Me quedaría toda la noche aquí, pero debo dormir algo.

Recogieron las mantas, se despidieron con una última mirada al firmamento, y bajaron la carretera serpenteante, con el todoterreno deslizándose en la oscuridad. Desde el retrovisor, Elena vio cómo las luces del observatorio se hacían pequeñas, y pensó en los astrónomos que, mientras ellos dormían, registrarían datos de galaxias lejanas, sin saber que en esa misma isla, siglos atrás, alguien había anotado misterios del cielo en un código clandestino.

Al día siguiente, Elena y Roberto llegaron a la sede temporal del Cabildo para la reunión. Adela y su equipo habían avanzado en la lectura de nuevos fragmentos del archivo. El arqueólogo Acosta, ya sin el cabestrillo, los saludó con una sonrisa. Fernández, más repuesta, hojeaba copias de los manuscritos. El inspector Ramos había reducido su presencia, pues las cuestiones policiales estaban prácticamente resueltas, pero aun así apareció para saludarlos y confirmar que todo seguía en calma.

Adela comenzó la sesión mostrando en un proyector digital imágenes escaneadas de algunos documentos.

—Hemos encontrado un fragmento que describe un sistema de cuentas para medir el tiempo de siembras y cosechas —explicó—. Combina lo que parecen ser ciclos lunares con referencias a constelaciones. El resultado es un calendario agrícola muy sofisticado. Podría ser uno de los primeros intentos de sincretismo agroastronómico documentados.

El paleógrafo resaltó las dificultades:
—Hay palabras que no hemos podido traducir. Podrían ser nombres propios indígenas o términos botánicos desconocidos. Será un trabajo a largo plazo. Necesitaremos lingüistas especializados en lenguas prehispánicas del Caribe y del noroeste amazónico, si es que ese es su origen.

El arqueólogo Acosta agregó:
—También hay indicios de que la Hermandad del Custodio del Verbo adaptaba las técnicas de ocultación con el tiempo. Algunos fragmentos sugieren que en distintas décadas fueron moviendo partes del archivo. Eso explica por qué hemos encontrado un trozo en las cuevas

volcánicas y otro tras la Cascada de Colores. Podría haber más fragmentos esparcidos por la isla, o incluso en otras islas Canarias.

Elena se sorprendió. ¿Más fragmentos? ¿Esta historia no había terminado del todo? Quizá el Archivo del Drago fuera como un puzzle infinito, una invitación constante a explorar la geografía isleña en busca de nuevas pistas. Pero, ¿no era eso peligroso? Podría reavivar el interés de traficantes.

Adela leyó sus pensamientos.
—No se preocupen. Si hay más fragmentos, ya tomaremos medidas de protección. Ahora la isla está alerta, y el ministerio de Cultura está al tanto. En unos meses, cuando divulguemos lo que tenemos, pediremos ayuda internacional para la investigación. Y confiaremos en que, bajo el amparo de la ley, nadie volverá a actuar con violencia para obtener estas piezas.

Elena se tranquilizó. La experiencia había enseñado que la cooperación era clave. Ahora contaban con autoridades, expertos y un público futuro que defendería el patrimonio. Además, la banda criminal había sido desmantelada, y la isla no era una presa fácil.

La reunión continuó con detalles técnicos. Elena tomó notas, pensando en su futuro reportaje: podría mencionar esta idea de un archivo en continua expansión, como las raíces del drago, que se hunden en la tierra buscando nuevos nutrientes. La historia no era lineal, sino rizomática.

Al terminar, Adela les propuso un brindis informal con un vino palmero suave. Se reunieron en un pequeño patio interior del edificio, entre plantas ornamentales y el rumor distante de la calle. Al alzar las copas, cada uno expresó un deseo:

—Por la protección del patrimonio cultural —dijo Adela, seria y orgullosa.
—Por la colaboración internacional y el diálogo entre disciplinas —añadió el paleógrafo.
—Por la memoria de los aborígenes y los sabios desconocidos que legaron este conocimiento —dijo Acosta con emoción.
—Por el valor de la verdad y el respeto —intervino Fernández, con una mirada firme.
—Por la paz y la justicia, y porque no se repitan las amenazas —aportó el inspector Ramos.
—Por el futuro y la divulgación responsable, que la sociedad entienda la importancia de este hallazgo —dijo Elena.
—Y por el presente, por la amistad y la aventura que hemos compartido —concluyó Roberto, sonriendo a Elena y a todos.

Las copas tintinearono bajo la luz del mediodía. Aquello ya no era una conspiración entre tinieblas, sino un acto de confianza y esperanza. Elena bebió un sorbo y sintió el vino bajando cálido por su garganta, como un símbolo del arraigo que había echado en la isla.

En las jornadas siguientes, la vida fluyó sin sobresaltos. Elena y Roberto organizaron pequeñas escapadas: subieron a El Paso para visitar el Museo de la Seda y comprar un pañuelo para Elena, como recuerdo; bajaron a la costa oeste para disfrutar de un atardecer en Puerto de Tzacorte, saboreando pescado fresco mientras las olas rompían contra el muelle; incluso se atrevieron a hacer una ruta por las cumbres del sur, cerca del volcán Teneguía, ahora con total tranquilidad. Allí donde antes habían arriesgado el pellejo huyendo de los criminales, ahora caminaban sin miedos, escuchando el sonido del viento entre las lavas petrificadas.

Elena sentía que, con cada paso, iba hilvanando una narración total que integraba las escenas de peligro con las de serenidad, las de secreto con las de revelación. Su crónica no sería un simple artículo, sino quizás un libro completo, un testimonio vivo del renacer de un legado cultural. Estaba convencida de que hallaría la manera justa de contarlos.

Una tarde, recibió una videollamada de su editor en la península. Alfonso se mostró contento de ver que estaba bien. —Me has tenido en vilo, Elena. ¿Qué diablos pasa en La Palma? Me enviaste informes cifrados, hablaste de un hallazgo increíble, luego silencio. Elena rió con suavidad: —Alfonso, lo que encontré supera mis expectativas. Pero ahora debo ser prudente. Estoy colaborando con las autoridades locales. Te aseguro que, cuando pueda contarlos, tendrás un material de primera. —Confío en ti. Sé que cuando puedas, me darás la exclusiva. ¿Estás a salvo? —Completamente. El peligro quedó atrás. Ahora es un tema de paciencia. Te prometo que valdrá la pena.

Colgaron con un entendimiento tácito. Elena admiraba que su editor hubiera respetado su silencio y confiado en su criterio. Tener su apoyo era importante.

Días más tarde, Adela los convocó a una reunión extraordinaria. Habían avanzado tanto en la clasificación del archivo que se sentían preparados para una declaración preliminar. No publicarían aún el contenido ni los datos más sensibles, pero sí emitirían un comunicado oficial anunciando el hallazgo de “documentación histórica relevante” en La Palma, que podría reescribir aspectos de la historia del intercambio cultural en el Atlántico.

La reunión tuvo lugar en el mismo salón del Cabildo donde todo se había consolidado. Asistieron representantes del gobierno insular, el inspector Ramos, un emisario del Ministerio de Cultura que acababa de llegar, y algunos de los expertos clave. Elena y Roberto fueron invitados como testigos no oficiales, pero reconocidos por su aportación.

Adela tomó la palabra, erguida con su traje formal: —Hemos redactado el comunicado que preparamos con Elena. El Ministerio de Cultura lo ha revisado y aprobado. Mañana lo enviaremos a las agencias de noticias y a la prensa local. No daremos detalles del contenido, sólo diremos que se han hallado documentos del siglo XVI, resultado de un sincretismo cultural. Informaremos que el Cabildo ha tomado medidas para su estudio y conservación, y que se espera la colaboración de expertos internacionales.

El emisario del ministerio asintió: —Es un paso prudente. No queremos sensacionalismo ni especulaciones sin base. Poco a poco divulgaremos más. El inspector Ramos añadió: —A nivel de seguridad, estamos en calma. La banda criminal que amenazaba la integridad del hallazgo está desarticulada. Con la anticipación debida, podremos proteger cualquier otro fragmento que aparezca.

Elena se emocionó: era el principio de la fase pública. Dentro de poco, la isla, el país y el mundo sabrían que en La Palma se había descubierto un tesoro documental. No sabrían todos los

detalles de la odisea, pero tarde o temprano, la historia completa saldría a la luz. Y entonces, su crónica tendría lugar.

Al terminar la reunión, Adela sonrió a Elena y Roberto.
—Es su momento también. Gracias por su contribución. Sin ustedes, sin su valentía, tal vez este hallazgo no hubiera visto la luz.
Elena se sonrojó un poco.
—Hicimos lo que creímos justo. Y fue la isla quien nos guió.
Roberto se sumó:
—Estamos agradecidos de haber podido ayudar.

El emisario del ministerio se acercó a Elena:
—Cuando la información sea más concreta, me gustaría leer su artículo. He oído buenas referencias de su trabajo.
—Será un honor —respondió ella, inclinando la cabeza con modestia—. Intentaré estar a la altura.

Al día siguiente, el comunicado se difundió. Los medios locales de La Palma y Canarias lo replicaron. Algunos periódicos nacionales comentaron la nota, intrigados, pero sin mucha información adicional. La noticia se presentó como “Hallazgo de documentos históricos en La Palma podría revalorizar el intercambio cultural atlántico del siglo XVI”. Los expertos consultados se mostraron entusiasmados, y algunos historiadores extranjeros ya estaban pidiendo colaborar.

Como era de esperarse, surgieron preguntas. Periodistas llamaban al Cabildo, pedían entrevistas. Adela ofreció un par de declaraciones muy generales. La isla comenzó a palpar una expectación sutil, un orgullo nuevo. Los palmeros podían intuir que algo extraordinario había sucedido entre sus barrancos y bosques.

Elena recibió mensajes de amigos y colegas, curiosos por saber más. Ella respondía con cautela, diciendo que había prometido discreción. Su editor la felicitó por la anticipación: “Sabía que estabas sobre algo grande. Cuando tengas luz verde, avísame.” Elena le aseguró que tardaría aún, pues necesitaba que el Cabildo diera permiso y que el equipo de investigación avanzara un poco más. Además, quería perfeccionar su obra.

Roberto le propuso celebrar con una cena especial en un restaurante con vistas al mar. Fueron a un lugar pequeño y familiar en el litoral, donde sirvieron lapas con mojo verde, papas arrugadas y un postre de bienmesabe. Al saborear cada bocado, Elena pensó en la metáfora de la comida local: igual que la gastronomía fusionaba los recursos naturales de la isla con tradiciones ancestrales, el Archivo del Drago era un festín cultural, un banquete de saberes diversos aderezado por el tiempo.

—¿Y ahora qué sigue para ti? —preguntó Roberto—. ¿Te quedarás hasta que autoricen tu artículo?

—Me gustaría, al menos unas semanas más. He crecido un apego a esta tierra. Y quisiera presenciar los primeros pasos del proyecto de investigación. Tal vez incluso ayudar con algunas traducciones, aunque no soy experta. Además, no tengo prisa. Mi editor confía en mí y sabe que, cuando publique, tendrá una historia rotunda.
—Me alegra oír eso. Me gusta que te quedes. Podemos explorar más la isla, ayudarte a encontrar

la inspiración. Quizá escribir en un rincón del bosque, o en la punta del faro.
—Parece un plan maravilloso.

El viento marino acarició sus rostros. Elena levantó la mirada al cielo nocturno, ya sin necesidad de subir al Roque de los Muchachos. Desde la costa también se veían estrellas, menos que en la cumbre, pero suficiente para recordar el gran tapiz. Se preguntó si, en el futuro, al leer su crónica, alguien sentiría la misma reverencia que ella experimentaba al pensar en el Códice del Verbo y el Archivo del Drago. Quería que su relato fuese honesto y emocionante, que reflejara la tensión, la angustia, la esperanza, la belleza y la responsabilidad de lo vivido.

Esa noche, mientras regresaban al coche, escucharon a lo lejos el rumor de una parranda, música folclórica canaria que hablaba de mar y montañas. Elena pensó: la isla canta su historia en muchas voces. Ahora, gracias a este hallazgo, sumaría otra melodía: la de un conocimiento ancestral que había dormido siglos bajo la sombra del drago, despertando ahora para ofrecer su mensaje al mundo.

En el trayecto de vuelta, con la mirada sobre la carretera oscura, Elena se sintió en paz. La intriga había dado paso a la comprensión, la angustia a la calma, el secreto a la promesa de un nuevo amanecer cultural. Nada borraría las huellas de la tensión vivida, pero ahora formaban parte de una narración mayor, una que ella tendría el privilegio de contar.

La Palma quedaría para siempre en su vida, no sólo como un escenario de aventuras, sino como un hogar espiritual, un espejo en el que la identidad humana se reflejaba, múltiple y enriquecida. Y mientras las luces del casco urbano volvían a aparecer tras las curvas, supo que la historia del Archivo del Drago, del Códice del Verbo y de todos aquellos que participaron, apenas comenzaba a desplegar sus alas.

Capítulo 9: El Eco del Futuro

La mañana en La Palma amaneció con un brillo especial, como si el sol hubiera decidido teñir de esperanza las montañas y barrancos. Elena despertó en la casa de huéspedes con la mente serena. Afuera, las golondrinas trazaban círculos sobre los tejados, y en la calle se escuchaba el murmullo discreto de la vida cotidiana: vecinos charlando, un niño yendo a la escuela, el aroma a pan recién horneado escapando por la puerta de una panadería cercana.

Llevaba semanas en la isla, y su tiempo allí había pasado de la tensión y la intriga iniciales a una placidez constructiva. La investigación sobre el Archivo del Drago avanzaba despacio, el Cabildo y los expertos estaban más organizados, el Ministerio de Cultura colaboraba. Los medios habían publicado el comunicado oficial, y las reacciones internacionales empezaban a llegar: académicos de universidades europeas y americanas querían cooperar, ofrecer análisis lingüísticos, intercambiar información sobre manuscritos similares. El rumor de un pasado compartido atravesaba el Atlántico una vez más, ahora sin barcos ni galeones, sino por medio del correo electrónico y las videoconferencias.

Elena se reunió con Roberto en la cafetería de siempre, junto a la plaza principal. Esta vez, al sentarse bajo la sombra de un balconcito de madera, ordenaron un barraquito y unas tostadas. El aroma del café y la leche condensada, mezclado con limón y canela, era casi un emblema palmero. A su alrededor, los turistas tomaban fotos, los vecinos leían el periódico, y la brisa marina acariciaba las flores de los balcones.

—¿Has oído? —dijo Roberto, con el semblante iluminado—. Adela ha recibido una propuesta de la Universidad de La Laguna para crear un equipo multidisciplinar permanente que estudie el

archivo. Quieren instalar una pequeña base de investigación en la isla, quizás un archivo físico y digital donde conservar y compartir el material. —Es una noticia fantástica —respondió Elena—. Significa que este hallazgo no se quedará en un titular breve, sino que generará un proyecto a largo plazo. Ayudará a formar jóvenes investigadores, a profundizar en la historia de las conexiones atlánticas. —Exacto. Y creo que tú, como periodista, podrás documentar la evolución de este proyecto. Quién sabe, tal vez tu crónica se convierta en un libro que inspire a otros a involucrarse.

Elena lo pensó con agrado. Había escrito un borrador completo, pero aún no lo había dado por terminado. Necesitaba tiempo, perspectiva, dejar reposar las palabras. Ahora que la noticia era pública —al menos en su versión oficial y moderada—, tarde o temprano podría publicar algo más detallado. Pero le gustaba la idea de esperar, de ver cómo la historia crecía, y reflejar no sólo el hallazgo, sino su impacto a largo plazo.

Tras el desayuno, caminaron hasta la sede temporal donde el Cabildo almacenaba los documentos. Allí, entre archivadores y escáneres de última generación, vieron al equipo trabajando. El paleógrafo y el lingüista clasificaban referencias botánicas, intentando conectar las descripciones con especies vegetales que crecían en las islas o que se introdujeron tras la Conquista. Acosta y Fernández, más recuperados, comparaban notas con un etnógrafo que recién había llegado desde Madeira, ofreciendo paralelismos con manuscritos antiguos del Atlántico portugués. Adela coordinaba todo con paciencia maternal, atendiendo una llamada tras otra.

—Parece un hormiguero intelectual —comentó Roberto, asombrado por la actividad. —Sí, y lo mejor es que todos trabajan motivados, sabiendo que están desenredando un nudo histórico —dijo Elena—. Ya no hay secreto oculto, ya no hay miedo a amenazas criminales. Hay un propósito compartido: entender el pasado para comprender el presente.

Adela, al verlos, se acercó con una carpeta en la mano. —Justo a tiempo. Tenemos una conferencia virtual con un experto de la Universidad de Harvard que quiere contribuir con su conocimiento en lenguas precolombinas. Sería interesante que estuvieran presentes, así pueden ver cómo esta red se expande.

En una sala con un proyector y un ordenador, se estableció la videollamada. El profesor, un hombre de mediana edad y voz tranquila, desde su despacho lleno de libros, expresó su entusiasmo por el hallazgo. Ofreció lecturas sobre iconografías indígenas y prometió enviar análisis comparativos. Todos tomaban notas, y al despedirse, quedaron en programar más reuniones. El idioma del conocimiento, pensó Elena, era universal.

Más tarde, salieron del edificio. El sol estaba en su cenit, y decidieron ir a comer algo ligero a una guachinche tradicional en las afueras de la ciudad. Allí sirvieron un puchero canario y una ensalada fresquísima. Desde la terraza se veía el mar, azul intenso, con un par de barcos pesqueros regresando al puerto.

—¿Recuerdas la tensión del principio? —dijo Elena, pinchando una papa arrugada—. Ahora parece un sueño lejano. Aquella persecución por las cuevas volcánicas, las notas encriptadas, el drago dibujado en las paredes... —Parece que hubiéramos vivido dos historias distintas. Una oscura y urgente, y otra luminosa y pausada. Pero en realidad, son la misma historia, las dos caras del proceso de sacar la verdad a la luz —respondió Roberto—. Sin la intriga y la acción inicial, tal vez no hubiéramos llegado hasta aquí.

Elena asintió, reflexionando. Sí, cada etapa había sido necesaria. La ansiedad y el peligro las habían impulsado a descubrir la esencia del misterio. Y ahora, en la calma, podían digerirlo y compartirlo. Era como el ciclo de la isla: volcanes y bosques, fuego y agua, pasado oculto y presente revelado.

De vuelta en la ciudad, recibieron un mensaje del inspector Ramos: quería saludarlos antes de partir hacia Tenerife, donde le habían encargado una misión nueva. Quedaron en verse en el Barco de la Virgen, ese peculiar museo en forma de barco dentro de la ciudad. Allí, frente a la reproducción del galeón, Ramos los abrazó como a viejos amigos.

—No se imaginan lo orgulloso que estoy —dijo el inspector—. Hemos devuelto la paz y protegido el patrimonio. La banda está en prisión, la justicia hace su trabajo. Y la isla sale fortalecida. Elena le agradeció, reconociendo su labor y la del cuerpo policial. —Sin ustedes no hubiera sido posible. Se arriesgaron, confiaron en nosotros. Fue un esfuerzo conjunto.

—Al final, eso es lo que queda: la cooperación. Espero que, donde vaya, me toque algo tan significativo como esto. Aunque lo dudo, este caso fue único.

Se despidieron con la promesa de mantenerse en contacto. Ramos volvería a la isla algún día como turista, sin tensiones, a disfrutar de su belleza y quizá degustar un buen vino malvasía.

Al anoecer, Elena y Roberto caminaron por la Avenida Marítima. Las fachadas con balcones colgantes de flores reflejaban la luz de las farolas. Podían oír las olas contra el dique, un ritmo constante y ancestral. Tomados de la mano, pensaban en todo lo que habían vivido: el impacto personal de la experiencia, la forma en que habían unido sus destinos en medio de aquella aventura.

—Te he observado estos días —dijo Roberto—. Estás más tranquila, y a la vez, más decidida. —Es cierto. Siento que he crecido como periodista y como persona. Entiendo que la verdad no es sólo descubrir un secreto, es compartirlo con responsabilidad, y que el valor del conocimiento radica en su capacidad de enriquecer nuestras vidas, no de alimentar la codicia. —En eso hemos aprendido todos.

Se sentaron en un banco frente al mar. La luna dibujaba un camino plateado sobre el agua. Elena recordó la primera vez que vio un drago pintado en una pared, la primera nota misteriosa, y cómo entonces todo parecía confuso. Ahora, la figura del drago evocaba paz y sabiduría. Era, finalmente, el símbolo que la Hermandad del Custodio del Verbo había imaginado: un guardián del saber, un puente entre mundos.

—Quizás, cuando publique mi artículo, use el título que pensé: “La Sombra del Drago”. Pero ahora sé que no es una sombra oscura, sino una sombra protectora —comentó Elena, con una media sonrisa.

—Me parece perfecto. Y espero que incluyas en tu libro nuestras caminatas, las comidas compartidas, los momentos en el bosque, para que el lector entienda que la historia no sólo se vive en archivos polvorientos, sino en los paisajes y las relaciones humanas.

—No tengas duda, estarás en cada página —bromeó, aunque era cierto. Su complicidad con Roberto era parte esencial de la trama, de cómo las personas comunes podían influir en algo tan grande.

En los días siguientes, la atmósfera siguió siendo luminosa. Adela organizó una pequeña charla interna con el equipo para celebrar la llegada de especialistas internacionales. El arqueólogo

Acosta y la estudiante Fernández, recuperados, colaboraban con entusiasmo. El paleógrafo invitó a todos a un café para mostrar los últimos avances en la digitalización de las láminas. Se hablaba de crear una exposición en un futuro próximo, quizá en un año, para mostrar copias y explicaciones al público, una exhibición itinerante que recorriera las islas y luego viajara a la península. ¿Por qué no? La cultura debía moverse, expandirse, sembrar curiosidad.

Elena observaba estos planes con alegría contenida. Era testigo del nacimiento de un proyecto que duraría décadas, quizás generaciones. ¿Cuántos estudiantes de historia o antropología vendrían a La Palma para investigar el Archivo del Drago? ¿Cuántos turistas culturales se interesarían por el pasado indígena y el sincretismo del siglo XVI? ¿Cuántos niños palmeros, al aprender de esta historia, se sentirían más orgullosos de su tierra?

Desde su casa de huéspedes, ella contemplaba el presente con confianza. Mantenía contacto con su editor, prometiéndole paciencia. Con el Cabildo y Adela, tenía un acuerdo: su reportaje final esperaría a que se confirmaran más detalles. Pero haría pequeñas notas, crónicas parciales, que pudieran ir soltando hilos sin comprometer la investigación. El equilibrio entre la divulgación y la protección del patrimonio era delicado, y ella quería hacer las cosas bien.

Una tarde, Adela los invitó a Elena y Roberto a acompañarla a la Ermita de la Virgen de las Nieves, cerca de Santa Cruz. Querían mostrarles uno de los manuscritos hallados durante la última Bajada de la Virgen, ahora que lo estaban restaurando. Allí, en el recogimiento de la ermita, el canónigo que antes los atendió los recibió con una sonrisa. Les mostraron un pergamino en proceso de restauración, con delicadeza, bajo una vitrina. Las letras ya eran más legibles, gracias a técnicas de luz ultravioleta. Mencionaba el Códice del Verbo con veneración, como un legado que debía resguardarse de la “ambición mundana”.

—Es como si hubieran sabido que un día se descubriría todo —dijo Adela, maravillada—. Escribieron estas páginas pensando en un lector futuro, consciente de que su propio tiempo no estaba listo. Ahora, siglos después, somos esos lectores. —La isla ha cumplido su rol de custodia —respondió Elena—. Y nosotros debemos estar a la altura, leyendo con respeto y gratitud.

Antes de marcharse, encendieron una vela, no en un gesto religioso estricto, sino simbólico: una pequeña llama que representaba la luz del conocimiento, la claridad de la verdad. El canónigo los despidió deseándoles sabiduría en la tarea de difundir este hallazgo.

Al salir, la tarde caía sobre La Palma en suaves tonalidades anaranjadas. Las palmeras mecían sus hojas, y un suave viento provenía del mar. Elena respiró hondo. Ya no sentía prisas ni amenazas, sentía el tiempo dilatado, ofreciendo oportunidades.

—Podemos volver andando a Santa Cruz, son unos quince minutos —propuso Roberto. —Sí, caminemos. Quiero sentir el aire de la isla una vez más, guardarlo en la memoria. Cada paisaje aquí me habla de la historia que hemos vivido.

Mientras descendían por el camino, entre huertos y casas tradicionales, Elena recordaba la estrella fugaz vista desde el Roque, el goteo del agua en Los Tilos, el sabor del vino en Fuencaliente, el eco de las cuevas volcánicas, la risa en las reuniones con el Cabildo, el sonar de las campanas en el Santuario de Las Nieves. Todo era parte de un mosaico que formaba el retrato final de su experiencia.

La sombra del drago, aquel símbolo inicial de intriga, ahora se erguía como un árbol generoso y milenario, proyectando su sombra protectora sobre la isla entera. El Verbo, el conocimiento,

estaba a salvo. Y ellos, testigos y narradores, podían celebrar el triunfo de la luz sobre la oscuridad, de la cultura sobre la violencia, de la cooperación sobre el egoísmo.

Elena supo que, si algún día dejaba la isla, se llevaría en su corazón esa certeza: el pasado había despertado entre las montañas y bosques de La Palma, susurrando al presente la importancia de recordar, comprender y compartir. Y así, con cada paso hacia la ciudad al anochecer, sentía que el eco del futuro resonaba en sus oídos, un eco que prometía más descubrimientos, más historias, más vida.